

SERIE:
PROGRAMA DE FORMACIÓN MINISTERIAL
POR EXTENSIÓN

LIDERAZGO CRISTIANO

Dr. Pablo A. Deiros



PUBLICACIONES PROFORME
Buenos Aires 2008

Deiros, Pablo A.

El liderazgo cristiano. - a ed. - Buenos Aires : Publicaciones Proforme, 2008.

271 p. ; 22x15 cm. (Programa de Formación Ministerial por Extensión dirigida por Pablo A. Deiros)

ISBN 978-987-24129-2-0

1. Teología. I. Título

CDD 240

© 2008 Pablo Alberto Deiros
deiros@sion.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Las citas bíblicas corresponden a la Nueva Versión Internacional (NVI), 1999.

Publicaciones PROFORME es el programa de publicaciones del Programa de Formación Ministerial por Extensión del Seminario Internacional Teológico Bautista. Este programa produce los materiales educativos necesarios para el desarrollo de los cursos de PROFORME, que están orientados a la formación de liderazgo cristiano en las iglesias evangélicas de América Latina. Informaciones en: Ramón L. Falcón 4080, (c1407aan), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Contactos:

Programa de Formación Ministerial por Extensión: (54 11) 4636-1737
Extensionqb.edu.ar; sitb@sitb.edu.ar / www.sitb.edu.ar

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

Serie Programa de Formación Ministerial por Extensión

Esta Serie de materiales para la formación ministerial de pastores, evangelistas, misioneros y líderes cristianos en el mundo de habla castellana responde a la urgente necesidad de materiales para la formación de liderazgo cristiano en las iglesias emergentes a lo largo y a lo ancho del continente latinoamericano. Los libros sirven como libros de texto y material de trabajo para el desarrollo de los cursos del Programa de Formación Ministerial por Extensión (PROFORME) del Seminario Internacional Teológico Bautista (Buenos Aires, Argentina). Este Programa involucra a miles de estudiantes a lo largo y a lo ancho de América Latina. Los libros procuran ofrecer una interpretación y aplicación latinoamericana a los problemas fundamentales de la labor ministerial, con una perspectiva misiológica y ministerial.

La Serie Programa de Formación Ministerial por Extensión cuenta con la edición general del Dr. Pablo A. Deiros, rector del Seminario Internacional (Buenos Aires, Argentina), y la participación del Prof. Pablo Lewczuk, Director del Programa de Extensión de esta institución, como editor asociado. El Comité Editorial está integrado por la Dra. Sonia Abarca, profesora en la Universidad Evangélica de las Américas (San José, Costa Rica), el Dr. Tito Paredes, director del Centro Orlando Costas (Lima, Perú) y el Prof. Juan Lee, rector del Seminario a las Naciones (Ciudad Juárez, México). Los autores de la mayoría de los libros de esta Serie son docentes en el Seminario Internacional y especialistas en los temas que abordan.

La Serie desarrolla un programa completo de formación ministerial orientado a la capacitación de hombres y mujeres con un llamamiento de Dios para cumplir con un servicio pastoral, misionero, evangelizador y/o de servicio en la iglesia local. Sus contenidos están orientados al ejercicio práctico del ministerio, y siguen dos líneas curriculares básicas: un área de reflexión y un área de acción. Se espera que con el cumplimiento de todos los objetivos establecidos para cada curso, el discípulo logre un nivel de formación que le ayude a cumplir mejor el ministerio al cual el Señor lo está llamando.

La Serie Programa de Formación Ministerial por Extensión se publica a través de Publicaciones PROFORME, cuyo fin es publicar libros y otros materiales orientados a la formación ministerial de cristianos que sirven a Dios y al prójimo en el mundo de habla castellana. Estos materiales están orientados a iluminar la mente, nutrir el espíritu, desafiar la conciencia, y sobre todo, “capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo” (Ef. 4.12, NVI).

Títulos de la Serie

1. El Dios que adoramos.
2. Mi experiencia con Dios.
3. La comunidad de adoración.
4. Modalidades de adoración.
5. El evangelio que proclamamos.
6. Comunicación del evangelio.
7. El evangelio en el mundo hoy.
8. Dones y ministerios.
9. Panorama bíblico.
10. ¿Cómo entender la Biblia?
11. La enseñanza del evangelio.
12. La enseñanza a todas las personas.
13. Servicio cristiano en el Nuevo Testamento.
14. Liderazgo cristiano.
15. Sanidad integral cristiana.
16. Servicio integral cristiano.
17. La Iglesia como comunidad de personas.
18. Sanidad social y sico-social.
19. Los valores del reino: ética personal y social.
20. La comunidad del reino en la historia.

Para mayor información acerca de éstos y otros títulos, dirigirse a:
extension@sitb.edu.ar

CONTENIDO

Abreviatura.....	11
Uso de este libro.....	13
Presentación.....	15
INTRODUCCIÓN GENERAL.....	17
UNIDAD 1 - El líder.....	19
Introducción	
Capítulo 1: El líder como persona	21
Su personalidad	
Su salud	
Su familia	
Capítulo 2: El líder como líder.....	49
Sus dones	
Su preparación	
Su conducta	
Capítulo 3: El líder como ser humano.....	67
Su pecado	
Su servicio	
Su trabajo y descanso	
Sus crisis	
Capítulo 4: El líder como siervo	91
El líder como un siervo llamado por Dios	
El líder como un siervo dispuesto	
El líder como un siervo obediente	
El líder como un siervo responsable	
El líder como siervo ungido	
UNIDAD 2 - EL LIDERAZGO.....	111
Introducción	
Capítulo 5: Condiciones para el liderazgo	113
Visión clara	
Trabajo arduo	
Perseverancia tenaz	
Servicio humilde	
Disciplina férrea	

Capítulo 6: Peligros para el liderazgo	135
El peligro del triunfalismo	
El peligro del exitismo	
El peligro del subjetivismo.	
El peligro del sincretismo.	
El peligro del constantinismo	
El peligro del sentimentalismo	
El peligro del populismo	
El peligro del fetichismo	
El peligro del emocionalismo	
El peligro del autoritarismo	
Capítulo 7: Características del liderazgo	151
Prisionero de Cristo: el llamado al liderazgo	
Vasos de barro: la carga del liderazgo	
Maestros de la Palabra: el impacto del liderazgo	
Padre y madre de muchos: el corazón del liderazgo	
Labradores y constructores: la tarea del liderazgo	
Siervos y mayordomos: el poder del liderazgo	
Embajadores y predicadores: la autoridad del liderazgo	
Capítulo 8: Ejemplos de un buen liderazgo	165
Algunos ejemplos bíblicos	
El ejemplo por excelencia: Jesús	
Algunas condiciones bíblicas	
UNIDAD 3 - EL MINISTERIO	183
Introducción	
Capítulo 9: La naturaleza del ministerio	185
El ministerio en su perspectiva bíblica	
El ministerio en su perspectiva histórica	
El ministerio hoy	
Capítulo 10: Las leyes del ministerio.....	215
¿Qué entendemos por leyes del ministerio?	
¿Cuáles son las leyes del ministerio?	
Capítulo 11: Las funciones del ministerio.....	227
Ministerio de comunión	
Ministerio de proclamación	
Ministerio de enseñanza	
Ministerio de adoración	
Ministerio de servicio	

Capítulo 12: El líder ministerial cristiano del siglo XXI.....	237
El ministerio del fin de los tiempos	
El liderazgo del fin de los tiempos	
Los líderes del fin de los tiempos	
TAREAS PARA EL HOGAR.....	253
BIBLIOGRAFÍA.....	269

ABREVIATURAS

En el presente libro se utiliza la Nueva Versión Internacional de la Sociedad Bíblica Internacional (NVI) para todas las citas bíblicas. En otros casos, se sigue el texto griego o se citan otras versiones de la Biblia, indicándolo mediante las siglas correspondientes. Las abreviaturas utilizadas son las siguientes:

BJ *Biblia de Jerusalén.*

Gr. *The Greek New Testament.* 3ra. ed. United Bible Societies.

RVR *Santa Biblia*, versión Reina-Valera, revisión 1960.

RV95 *Santa Biblia*, versión Reina-Valera, revisión 1995.

BA *Biblia de las Américas.*

VP *Dios habla hoy*, versión popular.

Libros de la Biblia

Antiguo Testamento

Génesis	Gn.	2 Crónicas	2 Cr.	Daniel	Dn.
Éxodo	Éx.	Esdras	Esd.	Oseas	Os.
Levítico	Lv.	Nehemías	Neh.	Joel	Jl.
Números	Nm.	Ester	Est.	Amós	Am.
Deuteronomio	Dt.	Job	Job	Abdías	Abd.
Josué	Jos.	Salmos	Sal.	Jonás	Jon.
Jueces	Jue.	Proverbios	Pr.	Miqueas	Mi.
Rut	Rt.	Eclesiastés	Ec.	Nahum	Nah.
1 Samuel	1 S.	Cantares	Cnt.	Habacuc	Hab.
2 Samuel	2 S.	Isaías	Is.	Sofonías	Sof.
1 Reyes	1 R.	Jeremías	Jer.	Hageo	Hag.
2 Reyes	2 R.	Lamentaciones	Lm.	Zacarías	Zac.
1 Crónicas	1 Cr.	Ezequiel	Ez.	Malaquías	Mal.

Nuevo Testamento

Mateo	Mt.	Efesios	Ef.	Hebreos	He.
Marcos	Mr.	Filipenses	Fil.	Santiago	Stg.
Lucas	Lc.	Colosenses	Col.	1 Pedro	1 P.
Juan	Jn.	1 Tesalonicenses	1 Ts.	2 Pedro	2 P.
Hechos	Hch.	2 Tesalonicenses	2 Ts.	1 Juan	1 Jn.
Romanos	Ro.	1 Timoteo	1 Ti.	2 Juan	2 Jn.
1 Corintios	1 Co.	2 Timoteo	2 Ti.	3 Juan	3 Jn.
2 Corintios	2 Co.	Tito	Tit.	Judas	Jud.
Gálatas	Gá.	Filemón	Flm.	Apocalipsis	Ap.

Uso de este libro

Este libro ha sido diseñado y escrito especialmente para cumplir con los requisitos y orientaciones del Programa de Formación Ministerial por Extensión (PROFORME) del Seminario Internacional. El texto contiene los contenidos esenciales del programa de trabajo propuesto al discípulo, como medio para alcanzar los objetivos del curso *Liderazgo cristiano*. El discípulo será responsable de la lectura cuidadosa del texto y los pasajes bíblicos indicados. Los ejercicios preferentemente *no* deberán ser hechos en el estudio personal, sino que se completarán en clase, bajo la guía del instructor o tutor. El discípulo sí es responsable por el cumplimiento de las tareas para el hogar que figuran al final del libro, y que el maestro o tutor asignará a lo largo del curso. El cumplimiento adecuado de las lecturas, los ejercicios y las tareas del hogar podrán ser usados como elementos para la obtención de créditos académicos, junto con la asistencia a clase.

El lector notará que con frecuencia se citan a diversos autores que han escrito sobre el tema del evangelio del reino a la luz de las parábolas. Las citas transcritas son el resultado de una cuidadosa selección de materiales, hecha con el propósito de dar oportunidad al discípulo de tomar contacto con la literatura que el autor mismo ha utilizado para su estudio personal del tema. De este modo, estas citas pueden ser útiles para ilustrar, ampliar, aclarar y fundamentar los conceptos desarrollados en este libro de texto. A su vez, las fuentes están indicadas como notas al pie de página, para que el lector pueda referirse a ellas en caso de tener interés en profundizar el tema. Al final del libro se incluye una bibliografía, que no es exhaustiva pero presenta los materiales publicados más importantes especialmente en lengua castellana sobre el tema que trata el libro.

El maestro o tutor actuará en clase como moderador en el repaso del contenido del libro, la realización de los ejercicios, y la asignación de las tareas para el hogar. Se sugiere que el maestro o tutor no dicte clases a la manera tradicional, sino que procure cumplir el papel de dinamizador de la discusión y el diálogo alrededor de los contenidos del libro. Para ello, deberá estar preparado para responder a las preguntas de los discípulos, especialmente para aplicar a las situaciones concretas, propias de cada contexto, los contenidos que se discutan. El

maestro o tutor podrá asignar lecturas complementarias utilizando los materiales de la bibliografía sugerida, siempre y cuando los mismos sean accesibles a los discípulos.

La evaluación del discípulo se hará en función a su asistencia a clase, su nivel de participación en la dinámica de la misma, el completamiento de todos los ejercicios del libro, el cumplimiento satisfactorio de las tareas para el hogar, y la realización de las lecturas que eventualmente le asigne el maestro o tutor. El maestro o tutor podrá establecer algún otro requisito conforme con las circunstancias propias de cada curso, el nivel académico con que se trabaje y el lugar en que se enseñe. De todos modos, cada discípulo recibirá una de dos evaluaciones, según sea su cumplimiento de todos los objetivos establecidos: aprobado o desaprobado.

En todo el proceso de enseñanza-aprendizaje deberá tenerse muy presente que el propósito de este curso no es impartir o recoger información sobre el tema que trata, sino producir cambios de conducta significativos tanto en el maestro o tutor como en el discípulo, a fin de ajustar la vida y el servicio cristianos en términos del significado y el valor de la comunidad de fe para la extensión del reino de Dios. Si después de estudiar estas páginas unos y otros aprenden a vivir y servir mejor como ciudadanos del reino de Dios y miembros de su iglesia local, este material habrá cumplido su propósito fundamental.

Presentación

Es notable la cantidad astronómica de libros que se han publicado sobre el tema del liderazgo cristiano. La bibliografía que se presenta al final de este texto es apenas una selección de la abundante literatura que ha aparecido en los últimos años. Por cierto, en la elaboración de este libro de texto he utilizado muchos libros más y he procurado incorporar algunos materiales de no fácil acceso para la mayoría de los lectores.

A pesar de la abundancia de materiales sobre este asunto, es apropiado que lo incluyamos en nuestro programa de estudios para darle al mismo una consideración seria. El tema del liderazgo cristiano es desafiante y necesario. Nos desafía su amplitud y alcance, que no nos permite en el espacio disponible agotar todas sus posibilidades. Pero, al mismo tiempo, es una de las cuestiones que debemos abordar por su actualidad e importancia.

Suele escucharse con frecuencia la observación de que tal o cual congregación carece de líderes y, en consecuencia, no está funcionando bien. Esta observación es errónea. No existe una sola comunidad de fe auténtica que carezca de líderes. Por lo pronto, toda iglesia, como cuerpo de Cristo, tiene una cabeza a la que está sujeta y al que sirve. Esta cabeza es Cristo mismo. Pero además, todos las personas que han recibido el Espíritu Santo el día que creyeron y nacieron de nuevo están llamados a ministrar en la iglesia de Cristo, es decir, a ser líderes. El Espíritu es el gran nivelador. El llama y da poder a todos los seguidores de Cristo para ministrar en su nombre. Todos los cristianos están llamados a ser “embajadores de Cristo” (2 Co. 5.20) y colaboradores al servicio de Dios en la obra de su reino (1 Co. 3.9).

Todo el pueblo de Dios es llamado a servir como “un sacerdocio santo” (1 P. 2.5). Ésta no es la responsabilidad de una elite o grupo selecto de oficiales de la iglesia, sino la tarea de todo creyente. Todo el pueblo del Señor, lleno del Espíritu Santo, es una compañía de líderes llamados por Dios y dotados por él, para ofrecerle “sacrificios espirituales que él acepta por medio de Jesucristo”. Es por esto que todos los cristianos son ministros de Dios. En el sentido más básico, toda la iglesia comparte una función sacerdotal por el ministerio en el mundo. Todo creyente es partícipe de la obra del ministerio. A través del ejercicio de los dones del

Espíritu, ese llamado colectivo se expresa en las vidas y acciones de los individuos. Todos los que nos hemos revestido de Cristo con el bautismo, llegamos a ser hijos de Dios “mediante la fe en Cristo Jesús” (Gá. 3.26). Este efecto nivelador de la obra del Espíritu sobre el cuerpo de creyentes es el que también nos constituye en ministros de su reino.

Así, pues, la vocación de líderes y la responsabilidad de cumplir un ministerio pertenece a todos los cristianos. No obstante, en este libro vamos a enfocarnos con más precisión sobre el llamado y la tarea que cumplen en el cuerpo de Cristo hombres y mujeres a los que el Señor les asigna una tarea particular. El liderazgo ministerial al que haremos referencia de manera más particular en este curso, el de aquellos que son apartados por la misma comunidad de fe para el desempeño de responsabilidades específicas en el marco del cumplimiento de la misión de la iglesia.

Introducción general

No es fácil dar una definición simple y clara de liderazgo cristiano. Si recurrimos al Nuevo Testamento en procura de ayuda para elaborar un concepto bíblico sobre la cuestión nos vamos a encontrar con que la expresión ni siquiera aparece en sus páginas. No obstante, hay una infinidad de términos de significado muy rico que se aplican al concepto de liderazgo. Entre ellos, el término básico parece ser *diakonía* (servicio) y sus derivados, junto a muchos otros vocablos de carácter más secundario, pero igualmente valiosos para llegar a un concepto bíblico. Es interesante tener en cuenta que el ochenta y cinco por ciento de estos vocablos que se refieren al liderazgo y el ministerio cristianos se encuentran en las epístolas paulinas. En verdad, fuera de los escritos de Pablo no hay un mayor desarrollo sobre la cuestión del liderazgo y el ministerio en el Nuevo Testamento. Y de todos sus escritos, la epístola a los Efesios parece ser el material más importante.

Por otro lado, a lo largo de los siglos de testimonio cristianos ha habido numerosos intentos de clasificar, catalogar, ordenar a los líderes cristianos y sus ministerios en la iglesia. Algunos términos nos resultan hoy sumamente inadecuados y rechazables. Debemos descartar como definitivamente impropios vocablos como “clero” y “laicos”, creyentes “llamados” o “no llamados”, y líderes “ordenados” y “no ordenados”. Ninguna de estas categorías son bíblicas. En el Nuevo Testamento hay tres llamados de Dios al ser humano. El primero es el llamado a la salvación, el segundo es el llamado a la santificación y el tercero es el llamado al servicio, y todo creyente ha experimentado y vive estos tres llamados sin excepción.

Se ha procurado clasificar al liderazgo cristiano según el carácter del servicio o ministerio que presta. Algunos hablan de un ministerio especializado en oposición a un ministerio general. Otros distinguen entre un ministerio oficial y un ministerio común. Cada una de estas expresiones no carece de limitaciones y a veces se prestan a confusiones. Hay quienes prefieren distinguir entre el ministerio de la palabra y el ministerio de las mesas o la administración en la congregación. Otros mencionan a líderes que funcionan como equipadores de los miembros de la congregación, mientras otros creyentes son los equipados para el minis-

terio. No faltan quienes todavía utilizan expresiones tan inadecuadas como un “ministerio apartado” y un “ministerio no apartado”.

La doctrina bíblica del sacerdocio universal de todos los creyentes, que aparece por primera vez en la primera carta de Pablo a los Corintios, debe ser el principio guiador para la elaboración de nuestro concepto de liderazgo cristiano. De igual modo, la idea de que el Señor ha dado a la iglesia a algunos hermanos para que sirvan “para capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio”, que aparece por primera vez en la carta a los Efesios (Ef. 4.11, 12), es de valor para ampliar el concepto de liderazgo y ministerio. Las epístolas pastorales representan el desarrollo de una estructura de liderazgo más elaborada y compleja, que de ningún modo es uniforme ni estanca.

Los que sorprende del testimonio paulino es la riqueza con que se presenta al liderazgo cristiano y los ministerios en los que se desempeña. El pasaje clave para ver esto es 1 Corintios 12.1-7. Allí, el apóstol habla de diversos dones, de diversas maneras de servir y de diversas funciones (vv. 4-6). No obstante, cabe recordar aquí que el énfasis de Pablo no está tanto en la diversidad de liderazgos en la iglesia sino en su unidad esencial. La iglesia es el cuerpo de Cristo y la característica primordial de un cuerpo sano es que cada una de sus partes lleva a cabo su propia función para el bien de todo el cuerpo. Pero unidad no significa uniformidad y es por esto que en el cuerpo de Cristo hay diversidad de líderes, de capacidades y de ministerios. De todos modos, todos estos elementos diversos tienen una misma fuente, el Espíritu Santo, y un mismo fin, la edificación de la iglesia. Todos los líderes, cualesquiera sean sus dones (*charismata*), ministerios o servicios (*diakonia*), funciones u operaciones (*energemata*) son meros instrumentos en las manos de Dios.

Los dones espirituales resultan en distintos ministerios, que muestran, a su vez, la operación o funcionamiento del poder divino. A su vez, es evidente que Pablo eleva los pensamientos de los corintios al sublime concepto de la obra única del Dios trino en la iglesia, aun cuando se manifieste en una diversidad de operaciones. Dios el Padre obra conjuntamente con Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo a fin de movilizar como instrumentos apropiados a hombres y mujeres rendidos a su señorío para el logro de sus propósitos eternos.

En los capítulos que siguen vamos a explorar más profundamente esta riqueza que rodea al liderazgo cristiano. Para ello, vamos a prestar atención a tres asuntos fundamentales: el líder, el liderazgo y el ministerio.

Unidad uno

El líder

Introducción

Una de las realidades más contundentes en relación con el desarrollo del reino de Dios en el mundo, es la necesidad de líderes dispuestos a llevar adelante la tarea encomendada por el Señor. En la iglesia de hoy se da una seria falta de líderes capacitados, para hacer frente a los enormes desafíos que confrontamos y para aprovechar al máximo las oportunidades que se ofrecen. Las palabras de Jesús en relación con sus coetáneos parecen aplicables a nuestra propia situación: “Al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor” (Mt. 9.36). Peor todavía es la impresión de que a veces muchos de los líderes que tenemos no pasan de ser “guías ciegos” (Mt. 15.14).

La demanda de líderes con un agudo discernimiento, un alto grado de responsabilidad y una gran dedicación va en crecimiento en el mundo contemporáneo. Muchos de estos líderes nacen como tales, mientras que otros logran el desarrollo de sus habilidades y pericias a través de un disciplinado entrenamiento y capacitación. Como ha escrito Bennie E. Goodwin, un destacado pedagogo norteamericano: “Si bien los líderes en potencia nacen, los líderes eficaces se hacen.” En los famosos versos de William Shakespeare: “No teman la grandeza. Unos nacen con grandeza, otros la alcanzan y a otros les es impuesta.”

Ted W. Engstrom: “El liderato sólido, confiable, leal y vigoroso es una de las necesidades más desesperantes hoy tanto en América Latina como en nuestro mundo. Experimentamos la tragedia de ver hombres débiles en sitios de importancia, hombres pequeños en grandes tareas. El comercio, la industria, el gobierno, el trabajo, la educación y la iglesia, todos tienen hambre de un liderato efectivo. Así que hoy, tal vez más que nunca antes, hay la necesidad de liderato y de trabajo de equipo para hacer frente a las necesidades.”¹

Hoy también se habla mucho de “líderes naturales”, personas de carácter y personalidad fuertes y de un intelecto agudo. El líder cristiano es alguien así. Pero además, como indicara J. Oswald Sanders, el liderazgo cristiano es “una combinación de cualidades naturales y espirituales”, o de talento natural y dones espiri-

¹ Ted W. Engstrom, *Un líder no nace, se hace* (Miami: Editorial Betania, 1980), 14.

tuales dados por Dios. El líder cristiano influye sobre otros, pero no tanto por el poder de su personalidad, sino mediante su personalidad energizada por el Espíritu Santo. En otras palabras, no existe el líder espiritual que se hace a sí mismo, ya que se trata de cualidades superiores que nunca pueden desarrollarse por cuenta propia o con el esfuerzo personal. De todos modos, estos dones y capacidades de origen divino deben ser cultivados y el liderazgo potencial debe desarrollarse. El ideal es una combinación de las cualidades naturales de liderazgo con las capacidades sobrenaturales que Dios da para el mismo.

J. Oswald Sanders: “Si bien la conversión normalmente no transforma en líderes a las personas que no llegarían a serlo de otro modo, la historia de la iglesia de Cristo nos enseña que en el momento en que la persona se rinde completamente, el Espíritu Santo algunas veces libera en ella dones y cualidades que habían estado latentes y dormidos durante mucho tiempo. Es prerrogativa del Espíritu Santo otorgar dones espirituales que fortalezcan grandemente el liderazgo potencial del que los recibe.”²

Liderazgo natural Liderazgo espiritual

Confía en sí mismo.	Confía en Dios.
Conoce a los seres humanos.	Conoce a Dios.
Toma sus propias decisiones.	Trata de conocer la voluntad de Dios.
Es ambicioso.	Es modesto.
Origina métodos propios.	Busca los métodos divinos y los sigue.
Le agrada dar órdenes.	Se deleita en obedecer a Dios.
Está motivado por consideraciones personales.	Está motivado por el amor a Dios y al ser humano.
Es independiente.	Depende de Dios.

En esta unidad vamos a prestar atención a varios aspectos relacionados con el líder cristiano. Lo vamos a ver como persona, como líder, como ser humano y como siervo de Dios.

² J. Oswald Sanders, *Spiritual Leadership* (Chicago: Moody Press, 1967), 21, 22.

CAPÍTULO 1

El líder como persona

En razón de que en buena medida el buen resultado o éxito de cualquier empresa humana depende de la persona que la dirige, es muy importante considerar al líder como persona. El liderazgo no es algo abstracto, sino un ejercicio que está directamente ligado a la persona humana que lo lleva a cabo. Por tratarse de una acción propiamente humana, el resultado de tal acción dependerá en un ciento por ciento de la persona que la ejecuta. La acción es la cualidad más característica de un buen líder, así como su capacidad de administración y conducción, y sus talentos más necesarios. De todos modos, todo esto pasa por el catalizador fundamental de su personalidad.

Ted W. Engstrom: El liderato es un *acto* o una conducta que requiere el grupo para hacer frente a sus metas, en vez de ser una condición. Es un acto, bien de palabra o de hecho, para influir en la conducta hacia un fin deseado. Generalmente el líder conduce en muchas direcciones. A menudo identificamos a las personas como líderes en virtud de la posición que ocupan, de su reconocida capacidad, de su prestigio, de la condición social que tengan o de ciertas características personales atrayentes. Sin embargo, aun así, pudieran no quedar incluidos en nuestra definición, a causa de su incapacidad para motivar a las personas y actuar decisivamente para lograrlo. La persona completa es la que puede satisfacer todo lo que los actos le exigen en todas las situaciones. De éstos, hay muy pocos.”³

En este capítulo en el que estamos considerando al líder como persona, vamos a prestar atención a varios aspectos fundamentales a tomar en cuenta, como su personalidad, su salud y su familia.

³ Engstrom, *Un líder no nace, se hace*, 24, 25.

SU PERSONALIDAD

Los más destacados especialistas en cuestiones de liderazgo en nuestros días coinciden en señalar la importancia de la personalidad del líder. Peter Drucker, una importante autoridad en la materia, destaca en sus libros el hecho de que no hay una sola personalidad eficiente o modelo. Este investigador observa que los líderes destacados difieren notablemente en su temperamento y capacidades. Sin embargo, para llegar a ser un líder de primera línea, la personalidad del individuo en cuestión juega un papel fundamental. Para lograr alcanzar las metas propuestas cualquier líder necesita ser capaz de sostener su acción y dinamismo. Y para esto, es necesario que mantenga la lealtad y la persistencia. Es decir, un buen liderazgo presupone la presencia y acción de una persona que reúne ciertas condiciones que definen en ella una determinada personalidad, la personalidad de un líder. Sin este perfil de personalidad es difícil que el líder alcance a destacarse como tal.

¿Qué es la personalidad del líder?

Una definición. Se han ofrecido numerosas definiciones de personalidad, como también diversas distinciones entre los conceptos de persona y personalidad. A los efectos de nuestro estudio podríamos decir que la personalidad de un líder es el ser humano total, tal como otros lo perciben desde un punto de vista externo, mientras que la persona puede ser concebida como el sujeto interior que experimenta la vida humana. Es este sujeto (yo) el que tiene identidad y continuidad a través de todas las cambiantes escenas de la vida. En términos generales, el yo es el ego que sirve como una suerte de ejecutivo en medio de las fuerzas conflictivas y desafiantes de la experiencia humana. La personalidad es dinámica y es la que se empeña en alcanzar las metas que uno mismo se ha propuesto alcanzar en la vida. En este empeño, la personalidad propia mantiene varias funciones en fusión: sentido corporal, auto-identidad, exaltación del ego, extensión del ego, actividad racional, auto-imagen y esfuerzo por alcanzar las metas de la vida. No obstante, la personalidad no se puede separar de la persona humana. La segunda es lo que el individuo es; la primera es lo que expresa lo que el individuo es.

Personalidad y cultura. Las sociedades humanas están compuestas por individuos y culturas, al tiempo que manifiestan a través de la conducta de esos individuos, patrones establecidos de comportamiento individual, que existen con anterioridad al nacimiento de esos individuos y que persisten después que hayan muerto. Todas las culturas cambian con el correr del tiempo, pero tienen una continuidad permanente que sobrepasa el alcance mortal de la persona humana. No obstante, estas culturas existen y se manifiestan en la personalidad de sus miembros. Hay, pues, una relación muy estrecha entre personalidad y cultura. La personalidad, entonces, es un sistema integrado de conductas, aprendidas y no aprendidas, que es característico de un individuo. A su vez, una cultura es el sistema integrado de patrones de conducta aprendidos que son característicos de los miembros de una determinada sociedad. La integración de estos dos elementos (personalidad y cultura) ha planteado tres tipos de problemas: (1) ¿De qué manera

la cultura afecta la personalidad? (2) ¿De qué manera la personalidad afecta a la cultura? (3) ¿De qué manera la respuesta de la personalidad a una experiencia cultural específica influye sobre otros aspectos de la cultura, o en qué sentido las personalidades individuales son eslabones intermediarios en una cadena de causa y efecto entre diferentes partes de las culturas?

Factores determinantes de personalidad. Una personalidad dada es el producto de muchos factores que interactúan entre sí, y que pueden ser clasificados bajo cuatro categorías mayores: (1) las características constitucionales del individuo (su biología, neurofisiología, sistema endocrínológico, tipo de cuerpo, etc.); (2) la naturaleza del medio ambiente físico en el que vive el individuo; (3) la cultura en conformidad con la cual vive el individuo; (4) la singular o idiosincrásica experiencia biológico-sicológico-social o la historia del individuo. Estos componentes se funden en la creación de la personalidad de cada individuo. De este modo, la personalidad debe ser entendida como la síntesis de la conducta o manifestación de la constitución física de una persona, el carácter físico-químico de su medio ambiente, los patrones de su cultura y su internalización de y reacciones a la historia total de vida en relación con otras cosas y personas. Estas cuatro categorías surgen de la base de los niveles dentro del orden natural y de la naturaleza de la experiencia del individuo.

George A. y Achilles G. Theodorson: “La personalidad es la configuración relativamente organizada de las pautas típicas de conducta, actitudes, creencias y valores de una persona característica, y reconocida como tal por ella misma y por los demás. La personalidad es un producto de las experiencias individuales en un ambiente cultural y de la interacción social. Identificamos la estructura de la personalidad de un individuo observando la pauta general de su conducta, cómo piensa, siente y actúa (incluyendo la estructura de rol y sistema de valores).”⁴

Las personalidades individuales reflejan la estructura y los procesos de la sociedad y de la cultura. En cierto sentido, arribamos a nuestra noción de cultura estudiando la conducta individual y sus productos, y por ello, la personalidad puede ser considerada como el aspecto subjetivo de la cultura. Sin embargo, la vida social y cultural es tan compleja, cambiante, inconsistente e inestable, que las personalidades son infinitamente diversas, a pesar de su conformidad relativamente uniforme con las definiciones culturales y los roles sociales. La personalidad es todo lo que soy más la suma total de todas las experiencias e influencias externas, junto con las maneras en que yo respondo a ellas. Esto marca una diferencia individual entre una persona y otra, que constituye a cada persona en su particularidad y la distingue de otra.

⁴ George A. y Achilles G. Theodorson, *Diccionario de sociología* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1978), 209.

EJERCICIO 1

Personalidades transformadas por Cristo.

Colocar los pasajes bíblicos que correspondan:

Pedro, el pescador profano, se convierte en un hombre que aun su sombra sanaba:

_____.

El endemoniado incontrolable, se convierte en un discípulo calmado: _____.

Juan, el discípulo vengativo, se convierte en el apóstol del amor: _____.

La mujer samaritana, de reputación deshonrosa, se convierte en testigo de la verdad:

_____.

Saulo, el cruel perseguidor, se convierte en Pablo, el hermano de corazón tierno:

_____.

El insensible carcelero de Filipos, se convierte en un amigo compasivo y amoroso:

_____.

Pasajes: Mateo 26.74; Marcos 5.5, 15; Lucas 9.53, 54; Juan 4.17, 18, 29;

Hechos 5.15; Hechos 9.1; Hechos 16.24, 33; Hechos 21.13; 1 Juan 4.7.

¿Qué importancia tiene la personalidad del líder?

El líder cristiano cumple su ministerio a través de su personalidad. Cualquiera que sea su tarea de servicio en el reino, el líder estará llevándola a cabo a través de quién es él o ella. La impronta de su personalidad estará estampada en todo lo que piensa, dice, hace y en cómo se relaciona con los demás.

Philip Brooks: “La predicación es la comunicación de la verdad por el ser humano a los seres humanos. Ella posee en sí dos elementos esenciales: verdad y personalidad. Ninguno de los dos puede faltar, si es que ha de ser predicación. ... La predicación es la transmisión de la verdad a través de la personalidad.”⁵

Lo que el líder *es* define en buena medida la efectividad de lo que el líder *hace*. Las cualidades del carácter del líder definen la efectividad de su ministerio. En la obra de Dios, el obrero es más importante que el trabajo que lleva a cabo. Sobre el particular, Watchman Nee señala: “Para alguien que trabaja en la obra de Dios, su vida personal importa mucho en relación con su tarea”. Y agrega: “Lo que es en cuanto a su carácter, hábitos y conducta es esencial para que pueda ser usado por Dios”.⁶ En este sentido, es importante que tengas presente las siguientes cinco cuestiones que tienen que ver con el desarrollo de un carácter adecuado para el liderazgo cristiano: (1) el carácter es algo que se vive y manifiesta, y no meramente algo acerca de lo que se habla; (2) el carácter es una elección y algo

⁵ Philip Brooks, *Lectures on Preaching* (Nueva York: E. P. Dutton, 1902), 5.

⁶ Watchman Nee, *El carácter del obrero de Dios* (Buenos Aires: Editorial Peniel, 1999), 7.

que vamos forjando día a día con empeño y dedicación; (3) el carácter produce éxito duradero con las personas ya que éstas siguen al líder íntegro y sin grietas; (4) el carácter personal fija el límite de las posibilidades que tiene el líder, es decir, la gente sólo sigue a personas con un carácter sólido.

¿Qué perfil de personalidad debe tener el líder?

Magnetismo personal. Lo que lo hace atractivo y persuasivo para otros es precisamente la transparencia de sus actitudes y conducta. El líder cristiano es una persona conocida como íntegra. Es honesto y transparente en todos sus tratos y relaciones. Su responsabilidad delante de Dios y de las personas le impone la necesidad de ser digno de la confianza de aquellos que lo siguen. Su magnetismo personal descansa en la integridad de sus acciones y la certeza de sus palabras.

Habilidad de sentirse bien en compañía de otros. El liderazgo cristiano consiste en conducir a personas. Alguien con una manifiesta incapacidad para relacionarse adecuadamente con otros está descalificado para servir como líder. Una persona puede considerarse líder, pero si nadie la sigue entonces está sola dando un paseo. El líder auténtico es alguien que se siente bien en compañía de otros y que hace que otros se sientan bien en su compañía. Una persona así es alguien que evita expresar actitudes que espantan a los demás, como el orgullo, la inseguridad, la reserva, el perfeccionismo y el cinismo. Por el contrario, un buen líder ama la vida y a las personas a su alrededor, siempre espera lo mejor de ellas, las alienta y las llena de esperanza, y se entrega totalmente a su servicio con sinceridad.

Comprensión de la naturaleza humana. El líder cristiano es alguien que se relaciona básicamente con personas. No se trata de un gerente de empresa o de un ingeniero en una construcción. El líder cristiano lidera personas y para poder llevar a cabo su tarea es imprescindible que tenga una adecuada comprensión de la naturaleza humana en la riqueza de su complejidad. Jesús conocía muy bien lo que había en el corazón humano (Mr. 2.8). Por eso pudo ministrar como lo hizo. Cuanto mejor conozcamos la naturaleza humana, tanto mejor y efectivo será nuestro liderazgo. Para ello será necesario aceptar nuestra propia condición humana, identificarnos con las circunstancias humanas que viven aquellos a quienes lideramos, y mantenernos en contacto con todo lo humano como foco de nuestro interés. Como en el caso de Jesús, todo lo humano no debe sernos indiferente.

Dominio razonable de los problemas propios. El líder cristiano efectivo es alguien que ha desarrollado una adecuada disciplina personal. Puede dirigir a los demás por cuanto se ha superado a sí mismo y ha sido conquistado por el señorío de Cristo. Tiene el calibre requerido para ser líder porque mientras otros malgastan energía y tiempo en desarrollar el dominio propio, este individuo ya ha aprendido cómo ejercerlo en su vida. Además, ha desarrollado la capacidad de someterse a una adecuada disciplina en el uso de su tiempo, oportunidades y recursos. Generalmente, él o ella están trabajando cuando otros duermen, están orando mientras otros juegan.

Equilibrio emocional. El líder cristiano debe ser una persona serena y mesurada. Esto no significa que no sea alguien con entusiasmo. Al contrario, un buen líder cristiano es conocido por su optimismo y esperanza. De hecho, ningún pesimista, amargado, depresivo o desorientado ha sido jamás un gran líder. Lejos de dejarse arrastrar por el pesar frente a las dificultades hasta caer presa del pesimismo, el buen líder cristiano se ve estimulado por las dificultades, a las que interpreta como oportunidades y desafíos. Mientras el optimista ríe para olvidar, el pesimista olvida para reír. Pero el buen líder cristiano es alguien que siempre piensa positivamente, gracias a su equilibrio emocional.

Capacidad para escuchar. No se trata simplemente de la habilidad de mantenerse callado con una actitud paciente, mientras el interlocutor no para de hablar. Más bien es el hábito de ser un buen oyente, es decir, no sólo escuchar diligentemente, sino también escuchar con entendimiento. Para ello será necesario discernir tres clases diferentes de palabras, que las personas en necesidad generalmente traen: las palabras que hablan, las palabras que no hablan y las que están escondidas en su espíritu. Un buen líder es el que sabe penetrar más allá del discurso de su interlocutor hasta llegar a su corazón y entender lo que el otro le está comunicando. De esta manera estará en mejores condiciones de servirlo y cumplir así su ministerio. Como señala John C. Maxwell: “Antes que un líder pueda tocar el corazón de una persona, tiene que saber qué hay en él. Y eso se aprende escuchando”.⁷

Habilidad para interpretar la experiencia de otros y ofrecer consejo. El líder cristiano tiene que ser alguien con la capacidad de servir como consejero, guiador y catalizador en la vida de las personas a quienes lidera. En este sentido, el ministerio de liderazgo no es para cualquiera. Hace falta algo más que buena voluntad para amar y guiar el rebaño. Se requiere de una personalidad capaz de asumir al otro tal como es, con todas sus necesidades y singularidades, y con mucha paciencia y amor orientarlo a la superación de sus limitaciones, a fin de que llegue a ser esa persona que Dios soñó que fuese desde la eternidad. En este sentido, el liderazgo cristiano es único.

Juan A. Mackay: “Otras religiones han tenido sus profetas y sus sacerdotes. Sólo el cristianismo ha tenido pastores, apacentadores de almas, hombres llenos de *ágape* que se han entregado a la tarea de identificarse, estrechamente y llenos de simpatía, con las necesidades y problemas de los demás, en forma de prestar ayuda a los objetos de su solicitud.”⁸

Capacidad para ser confidente. El líder cristiano ejerce una autoridad que le permite ganar la confianza de los liderados, quienes van a abrir su corazón compartiendo con él o ella lo que no comparten con nadie. El siervo del Señor debe ser digno de tal confianza, manifestándose como una persona reservada y discreta. Sin esta capacidad básica no se está capacitado para ser líder. La manera

⁷ John C. Maxwell, *Las 21 cualidades indispensables de un líder* (Miami: Caribe-Betania, 2000), 65.

⁸ Juan A. Mackay, *Prefacio a la teología cristiana* (Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1946), 160.

en que un líder atrae la lealtad y el seguimiento de otras personas es cuando demuestra valorar y preservar en confianza aquellas cosas que se le confían. Una de las maneras más efectivas de derrumbar la autoridad como líder es romper este pacto de confianza que hacemos con las personas. Un líder que no es capaz de ser confidente, no puede ser líder, porque traiciona la esencia de su liderazgo que es la confianza que depositan en él sus liderados.

Sentido del humor. El humor es un rasgo fundamental para el líder cristiano. Este se expresa en la capacidad de ver siempre el lado gracioso o ridículo de la vida. El buen líder conoce el valor que tiene una sonrisa contagiosa, especialmente para atraer a sí a las personas que lidera. El sentido de humor es también la capacidad para reírse de sí mismo y de las circunstancias. Un líder con un adecuado sentido del humor no sólo será un generador de salud emocional para sí mismo, sino también para todos los que lo rodean.

Generosidad. Esto demuestra que el líder es capaz de olvidarse de sus propias necesidades por el bien de los demás. El instinto de supervivencia es uno de los más elementales de nuestra condición humana. Sin embargo, la abnegación que expresa un corazón generoso sigue siendo el instinto espiritual que mejor expresa nuestra condición bajo la gracia de Dios. En el caso del liderazgo cristiano, no hay un nivel más alto de servicio que la actitud generosa de dar.

John C. Maxwell: “Nada habla más alto o sirve más a los demás que la generosidad de un líder. La verdadera generosidad no es algo ocasional. Viene del corazón y permea cada aspecto de la vida del líder: su tiempo, su dinero, sus talentos y sus posesiones. Los líderes efectivos, el tipo de líder que a la gente le gusta seguir, no recogen cosas solo para sí; las recogen para darlas a los demás.”⁹

¿Cuál es el rasgo fundamental que debe tener la personalidad del líder?

De todos los rasgos humanos importantes, que hacen a la personalidad de un buen líder cristiano, ninguno parece más necesario e imprescindible que el de la madurez emocional. ¿Qué es la madurez emocional? La madurez emocional se ve reflejada en una conducta, que se halla en conformidad con la pauta esperada para cada edad del individuo en una sociedad y cultura dada. La madurez emocional depende de que el desarrollo sico-social del individuo se mantenga en concordancia con su desarrollo fisiológico y con su edad cronológica. Esto implica una comprensión creciente de sí mismo y de los otros, tanto como la habilidad de controlar los impulsos impropios de un adulto.

La demanda de madurez. En Mateo 5.48, Jesús indica a sus seguidores: “Sean perfectos”. El vocablo griego que aquí se utiliza es *téleios*, que en este contexto significa maduro, acabado, sin que le falte nada. Debemos ser maduros porque es un mandamiento de Dios. Nuestra obediencia a este mandamiento en fe nos da acceso a la gracia divina, que nos capacita para madurar conforme el de-

⁹ Maxwell, *Las 21 cualidades indispensables de un líder*, 53, 54.

signio de Dios. Sólo Dios es perfecto (maduro), de modo que la madurez es algo que le pertenece sólo a él, y que nosotros sólo podemos tener en la medida de nuestro contacto con él. La madurez no es una posesión humana, sino un don divino; no es meramente el resultado de un proceso evolutivo o de un desarrollo natural. Es nuestra relación con él la que determina nuestra participación en este tipo de madurez.

El carácter de la madurez. La madurez debe ser la meta del líder cristiano. El autor de la carta a los Hebreos anima a sus lectores a que “dejando a un lado las enseñanzas elementales acerca de Cristo, avancemos hacia la madurez” (He. 6.1). Madurez cristiana significa hacer de Cristo el principio y el fin de nuestra fe. Para madurar, debemos centrar nuestra vida en él, no depender de otras cosas, no volver a caer en pecado, no confiar en nosotros mismos y no permitir que se interponga algo entre Cristo y nosotros. La madurez no es instantánea (Mr. 4.26-29). Es necesario cultivarla con paciencia, con la ayuda del Señor.

Un ejemplo de madurez. Probablemente no haya otro personaje bíblico que mejor ilustre la madurez del creyente y del líder que José en el Antiguo Testamento. Superados algunos problemas propios de cualquier adolescente, es notable la manera en que José fue madurando a lo largo de los años, mientras vivía algunas de las experiencias más increíbles por las que cualquier ser humano pueda pasar. Hechos 7.9-17 presenta una síntesis apretada de estas experiencias y nos ayuda a recordar el desarrollo de la madurez de José como líder.

Primero, José tuvo el balance emocional y espiritual adecuado entre una actitud de independencia y dependencia. La actitud de independencia se ve en el hecho de que José fue un hombre responsable. Lo fue en toda oportunidad en que se le pidió que hiciera algo o se le confió alguna tarea. Así fue en casa de Potifar (Gn. 39.2-4), más tarde en la cárcel (Gn. 39.22), luego en casa del faraón (Gn. 41.38-40). José fue un hombre emprendedor y responsable, que caminó bajo la bendición del Señor (Gn. 39.5, 6). Pero también se percibe en él una actitud de dependencia, especialmente de la providencia de Dios. La presencia divina en su vida era un hecho palmario: “El Señor estaba con José y las cosas le salían muy bien ... lo hacía prosperar en todo” (Gn. 39.2, 3); “Dios estaba con él” (Hch. 7.9). El favor divino era una experiencia constante: “El Señor estaba con él y no dejó de mostrarle su amor” (Gn. 39.21) y “lo libró de todas sus desgracias” (Hch. 7.10). Además, José disfrutó de múltiples revelaciones divinas, como la capacidad de interpretar sueños en el nombre del Señor, al punto que podía decirle con total certidumbre a faraón: “Dios le ha anunciado lo que está por hacer” (Gn. 41.25, 28).

Segundo, José tuvo la habilidad de confrontar frustraciones, de ajustarse y seguir adelante. Es decir, no se quedó vencido por las circunstancias por adversas que éstas fuesen. Cuando fue vendido por sus hermanos a los madianitas experimentó una traumática situación de rechazo (Gn. 37.27, 28). Cuando fue puesto en la cárcel por Potifar padeció un hecho de aberrante injusticia (Gn. 39.20). Cuando estuvo a cargo de los presos y los servía experimentó un alto grado de humillación (Gn. 40.4). Cuando estuvo frente a faraón y enfrentó su desafío, la presión que tuvo que soportar fue enorme (Gn. 41.14-16). A través de todas estas expe-

riencias, todas y cada una de ellas suficientes para quebrar a cualquier persona, José se mantuvo de pie y dispuesto a esperar siempre lo mejor.

Tercero, José tuvo la capacidad de trabajar con gente con la cual no estaba del todo de acuerdo y con los que tuvo diferencias fundamentales. Su primer trabajo fue en casa de Potifar, un personaje extranjero, de un nivel social y educacional muy superior al suyo, y con serios problemas en su familia. De allí pasó a la cárcel, donde tuvo que relacionarse con el carcelero, alguien que tenía derechos sobre su propia vida y de quien dependía totalmente. Cuando llegó a la corte de faraón se enfrentó a un contexto totalmente extraño y ajeno a su cosmovisión. No obstante, en todos estos casos, José logró entablar relaciones interpersonales significativas, que redundaron en el cumplimiento del propósito de Dios para su vida.

Cuarto, José tuvo la pericia de confrontar situaciones que no podía cambiar con un máximo de estabilidad y un mínimo de conflicto interior y derrota. Algunas de las experiencias que tuvo que enfrentar, como la hambruna en Egipto (Gn. 41.41-57) y la responsabilidad de la administración general del reino, superaban totalmente su experiencia y antecedentes. El faraón no lo escogió a José para administrar la crisis en razón del currículo que José tenía ni por su experiencia profesional, sino porque de alguna manera vio que en él operaba el poder de Dios y era un hombre maduro.

Quinto, José tuvo la virtud de rechazar resueltamente una vida egoísta y deliberadamente tuvo la determinación de vivir para Dios. Se destaca en él la capacidad de pensar en los demás antes que en él mismo. En este sentido, se ha comparado a José con Cristo. Su semejanza a Cristo se ve en múltiples instancias. Por un lado, en su perdón del pecado de sus hermanos (Gn. 45.15). Por otro lado, se ve en su devoción filial, especialmente hacia su padre después de muchos años sin verlo (Gn. 46.29). Finalmente, su semejanza a Cristo se ve en su actitud de devolver bien por mal (Gn. 50.19-21).

SU SALUD

El cuerpo es nuestra herramienta de trabajo más importante cuando del servicio al Señor y su reino se trata. Si es así, la integridad y fortaleza física son fundamentales para poder ofrecerle al Señor la calidad de ministerio que él espera. El cuidado, la alimentación, el descanso, la recreación y la disciplina de nuestro cuerpo son elementos que como líderes debemos tener presentes “por causa del evangelio” (ver 1 Co. 9.23-27). El cuerpo no es una carga de la que debemos liberarnos ni la raíz de todos los males que padecemos. Más bien, es un instrumento que, disciplinado y sujeto a un gran fin y misión, puede ser de gran utilidad para el cumplimiento del ministerio.

Watchman Nee: “La Biblia nunca considera al cuerpo como una molestia o algo de lo que debemos liberarnos; nunca enseña que el cuerpo es el origen del mal. Todo lo contrario, la Palabra nos dice ... que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (1 Co. 6.19). Nuestro cuerpo debe ser

redimido, y un día tendremos un cuerpo glorificado. Por eso, cuando parafraseando a Pablo mencionamos este tema de someter al cuerpo para tenerlo bajo control, no debemos asociarlo con el concepto erróneo de los ascetas. Porque si introducimos esta noción en nuestra fe cristiana, estamos cambiando el carácter mismo del cristianismo.”¹⁰

La salud física del líder

No han faltado quienes han desarrollado una actitud docética hacia el cuerpo humano (la idea de que el cuerpo es malo y el espíritu es bueno) y una tendencia suicida o masoquista hacia su propio cuerpo (hay que castigar al cuerpo para que crezca el espíritu). Pensar como los antiguos griegos que el cuerpo es la tumba del alma y un lastre para el desarrollo pleno del espíritu es no entender el concepto cristiano sobre el cuerpo humano.

Nuestro cuerpo es creación de Dios. El salmista declara: “Tú formaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre” (Sal. 139.13). El cuerpo es moralmente bueno, porque salió de la mano creadora de Dios, quien después de crearlo “miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno” (Gn. 1.31). Son el pecado y la obra de Satanás los que arruinan al cuerpo (Ro. 1.24-27). El cuerpo se enferma y muere por causa del pecado y de la obra destructiva de Satanás, y no porque ésa sea la voluntad de Dios. El cuerpo es funcionalmente útil, es una estructura maravillosa hecha para la gloria de Dios y para el servicio a él (Sal. 139.14). ¿Para qué Dios nos hizo un cuerpo? Lo necesitamos para expresarnos y servirlo a él. El cuerpo es una expresión de nuestro espíritu, y como tal, es espiritualmente adecuado. No hay contradicción entre cuerpo y espíritu en el propósito original de Dios, sino unidad y complementación. Cuerpo y espíritu se complementan de manera armónica. Si hay contradicción es por causa del pecado. No obstante, el espíritu trasciende al cuerpo en el hecho de que las necesidades espirituales no se pueden satisfacer con el cuerpo, porque son trascendentes. El espíritu sobrevive al cuerpo y debe tener prioridad sobre él. Por eso, “el cuerpo sin el espíritu está muerto” (Stg. 2.26).

Nuestro cuerpo es un don de Dios. El cuerpo es un don de la gracia de Dios. No nos pertenece. El cuerpo que tenemos es el que Dios nos ha dado. Por lo tanto, no nos pertenece. Pero, además, nuestro cuerpo le pertenece a Dios porque él lo ha comprado a un alto precio (1 Co. 7.23). El cuerpo es un don singular, único. No hay dos cuerpos iguales. El cuerpo es esencial para nuestro perfil de personalidad y nuestra identidad. El cuerpo es un don con un propósito. Dios nos ha dado el cuerpo que necesitamos, para que podamos cumplir con su propósito (voluntad) y de este modo honrarlo (1 Co. 6.20), para que lo que somos en nuestro espíritu se refleje en lo que hacemos con nuestro cuerpo. Daremos cuenta a Dios de la manera en que hemos utilizado nuestro cuerpo (Gá. 6.7-8). Si hemos sembrado para lo carnal, sólo recibiremos corrupción (1 Co. 15.50), pero si hemos sembrado para lo espiritual, cosecharemos vida eterna. El cuerpo es, pues,

¹⁰ Nee, *El carácter del obrero de Dios*, 60.

un don para administrar. Por eso, somos responsables por nuestro cuerpo (1 Co. 6.12-14). Esto significa que debo utilizar mi cuerpo conforme a la voluntad divina, teniendo presente que lo que daña al espíritu es dañino también para el cuerpo (1 Co. 6.15-18) y viceversa. Debemos cuidar de nuestro cuerpo y evitar todo aquello que pueda ponerlo en peligro o dañarlo (Dt. 14.1a).

Nuestro cuerpo es el templo del Espíritu. Pablo presenta esta verdad fundamental en 1 Corintios 6.19-20. Pasivamente, esto significa que nuestro cuerpo es el lugar de su morada (1 Co. 3.16-17). Dios, a través de su Espíritu Santo, viene a vivir plenamente al cuerpo del creyente. Es por esto que el cuerpo debe ser puro y no debemos contaminarlo con pecados que afectan la integridad moral del cuerpo y ponen en riesgo su integridad física (1 Ts. 4.2-8; 2 Co. 6.16-18). Activamente, esto significa que nuestro cuerpo es el medio para la manifestación del Señor. Somos sus manos, pies, ojos, boca y oídos. Por eso, todo nuestro cuerpo debe honrar al Señor.

¿Qué debemos hacer con nuestro cuerpo? Lo que dice Pablo es que “cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios” (Ro. 12.1). ¿Qué hizo Jesús con su cuerpo? Lo ofreció totalmente por nosotros (Lc. 22.19; He. 10.10).

EJERCICIO 2

Mayordomos de nuestros cuerpos.

Colocar el pasaje bíblico que corresponda:

La necesidad de alimento: _____
La necesidad de abrigo: _____
La necesidad de vivienda: _____
La necesidad de cuidado: _____
La necesidad de sanidad: _____
La necesidad de compañía: _____
La necesidad de protección: _____
La necesidad de control: _____

Pasajes: Génesis 2.18; Salmos 136.25; Isaías 65.21; Jeremías 33.6;
1 Tesalonicenses 4.4; 2 Tesalonicenses 3.3; 1 Timoteo 6.8; 1 Pedro 5.7.

Watchman Nee: “Aprendamos algo de esto: a cuidar nuestro cuerpo, por una parte, pero por la otra, a no amarnos tanto a nosotros mismos en tiempos en que la obra de Dios nos exige más. Cuando nos enfrentamos a una necesidad de la obra divina, debemos dejar de lado las demandas del cuerpo y responder a las de la obra. No hay dudas que la enfermedad demanda descanso y cuidado; sin embargo, hasta un cuerpo enfermo debe responder a las exigencias de la obra de Dios. Someter el cuerpo y ponerlo en servidumbre es una condición para el servicio. Si no podemos usar

nuestro cuerpo para servir al Señor, ¿con qué otra cosa podremos servir?”¹¹

La salud emocional del líder

En el plano de la salud emocional del líder se libra una de las batallas más decisivas para el desarrollo de un liderazgo maduro. La complejidad del ministerio es hoy tan grande que no son muchos los que logran desarrollar un liderazgo maduro y satisfactorio. De todos los problemas que se plantean al líder de hoy, no hay otro más agudo que lo que podríamos denominar como el síndrome del super-líder. Este complejo o conjunto de síntomas característicos de la falta de salud emocional en el líder está bien ilustrado por dos pasajes bíblicos: Mateo 14.22-33 y Hechos 14.8-19. Cada uno de ellos presenta dos casos diferentes—el de Pedro queriendo caminar sobre las aguas como Jesús, y el de Pablo y Bernabé enfrentando a todo un pueblo que los quería coronar como dioses. De cada caso podemos aprender mucho sobre la naturaleza, raíces, resultado y resolución del síndrome del super-líder.

Naturaleza del síndrome del super-líder. Nunca como hoy los pastores y líderes hemos experimentado una necesidad tan grande de fortaleza y aliento. Los pastores necesitamos ayuda. Los líderes necesitamos ayuda. Las demandas y desafíos del ministerio son tan grandes que sin ayuda será difícil sobrevivir. Quien más o quien menos, todos debemos reconocer que no estamos rindiendo en el ministerio con todo el potencial que Dios nos ha dado. Los problemas y obstáculos de cada día nos desalientan y nos producen mucho dolor emocional y espiritual. Más de un 65% de los pastores evangélicos considera que el trabajo en la iglesia es inefectivo y frustrante, o por lo menos agotador. Uno de cada cuatro pastores está “fundido” y otro 25% está pasando por una situación de estrés tan seria, que en breve tirarán la toalla. Muchos líderes se sienten de la misma manera.

Cuando nos preguntamos por las causas de este estado de insatisfacción y frustración ministerial, es difícil mencionar un solo factor. Cada uno de nosotros podría identificar diversos factores, a la luz de su experiencia personal. En este sentido, desde mi propio peregrinaje de más de 40 años como líder podría mencionar: pecados no confesados, sentido de soledad, necesidad de afecto y aceptación, falta de un sistema de apoyo, carencia de cobertura y consejo pastoral, conflicto de roles, y la imposición de ser perfecto y todopoderoso para satisfacer las demandas de otros.

Quisiera que concentremos nuestra atención sobre esto último: la presión que a veces sentimos de ser sobrehumanos y la necesidad de asumir nuestra propia humanidad, con todas sus limitaciones. Los pasajes mencionados nos ilustran las dos caras de este problema. De un lado, encontramos a Pedro con su pretensión de imitar a Jesús y caminar sobre las aguas. ¿Cuál fue el resultado? Se hundió. ¿Por qué? Todos nosotros responderíamos a coro: por falta de fe en Jesús. Sí, en

¹¹ *Ibid.*, 74.

parte esto es cierto. Pero, ¿en realidad fue por eso? La verdad y la realidad es que Pedro se hundió porque el ser humano no fue hecho para caminar sobre las aguas, y a cualquiera que lo intente le va a ocurrir lo mismo.

Del otro lado, encontramos a Pablo y Bernabé, que no sólo entendieron su condición humana, sino que asumieron su humanidad limitada, a pesar de todos los riesgos que corrían al hacerlo. Con gran valor y sinceridad declararon que eran simples seres humanos y no dioses, como afirmaba la plebe. Sin embargo, no son muchos los pastores y líderes que imitarían a Pablo y Bernabé. Me inclino a pensar que los candidatos a caminar sobre las aguas o echar fuego por la boca son mucho más numerosos, que aquellos capaces de reconocer sus limitaciones humanas. De hecho, muchísimos miembros en nuestras congregaciones quisieran vernos caminar sobre las aguas o convertir las piedras en pan. Lo más grave del problema no es tanto esto, sino que nosotros nos desesperamos y hacemos todo lo posible por satisfacer su expectativa. Claro que, cuando no lo logramos, nos frustramos, deprimimos o caemos derrotados. Y si no, nos agotamos y fundimos intentando lograr ser super-pastores o super-líderes una y otra vez.

Raíces del síndrome del super-líder. El conjunto de fenómenos que caracterizan la actitud del super-líder encuentra un cierto número de raíces, que es importante para nosotros identificar, si es que queremos poner fin a este problema.

Una de estas raíces es lo que la gente piensa de mí como líder. Generalmente, la gente piensa de mí lo que en verdad yo no soy. ¿Por qué? Porque quieren pensar que hay alguien cerca que es mejor de lo que ellos son. Es propio de los seres humanos que busquemos un modelo ideal sobre el que podamos proyectar nuestras frustraciones. Quienes nos rodean quieren proyectar en alguien sus ideales frustrados. Esto es lo que los psicólogos denominan proceso de proyección. En otros casos, lo hacen porque tienen un concepto equivocado de lo que significa ser pastor o líder. Es decir, están mal-aprendidos o están mal-enseñados. Es difícil para algunos hermanos aceptar nuestra pecaminosidad, ignorancia, cansancio, enojo, emociones, pasiones, enfermedad, dolor y debilidades. Hay quienes piensan que por tener que ver con cosas santas, nosotros somos santos. Hay quienes piensan que porque hablamos de Dios, nosotros estamos más cerca de Dios. Este fue el tipo de confusión que experimentaron los de Listra con Pablo y Bernabé (Hch. 14.12). Hay quienes piensan que porque predicamos el evangelio del reino, nosotros no tenemos problemas.

Otra de estas raíces es lo que yo pienso de mí como líder. El problema no sería difícil de resolver si su fuente fuese solamente lo que la gente piensa de mí. La cuestión es que muchas veces, cuando la gente nos quiere subir a un pedestal, nosotros les damos una mano para que lo hagan. Nos encanta intoxicarnos con la popularidad y el reconocimiento, y estamos más que dispuestos a aceptar “toros y guirnalda a las puertas” como obsequios, e incluso que se nos ofrezcan “sacrificios” (Hch. 14.12). La paradoja es que si bien la Biblia enseña que el orgullo y el deseo de ser como Dios son las fuentes de la trágica caída del ser humano, es precisamente aquí donde sucumben muchos pastores y líderes. El orgullo no es la única fuente del síndrome del super-líder. Hay otro elemento en la personalidad, que es el deseo de superación, que muchas veces juega en contra. El impulso a ser

lo mejor no es malo, pero puede distorsionarse y transformarse en el deseo de ser super-humano. La meta en la vida y el ministerio no debe ser la de ser un super-líder, sino la de ser todo lo que debemos ser en Cristo. Si bien debemos ser perfectos, el perfeccionismo es destructivo.

Por eso debemos ser medidos en lo que pensamos de nosotros mismos. Pablo nos orienta sobre el particular, diciendo: “que nadie suponga que soy más de lo que aparento o de lo que digo” (2 Co. 12.6). Tal medida es posible con sinceridad. La sinceridad dice que somos pecadores y que si hay algo bueno en nosotros es un don de la gracia de Dios. La sinceridad nos ayuda a conocer nuestra fragilidad y vulnerabilidad sin culpa ni vergüenza. Pero tal medida también es posible con sensibilidad. La virtud de la sensibilidad nos liga a las necesidades de las personas y nos atrae a ellas. Esto genera una saludable impotencia. Además, la virtud de la sensibilidad nos liga a los recursos del Señor y nos habilita para su uso. Y esto genera un adecuado poder. No debemos olvidar que la obra es de Dios y que él es quien hace la obra.

Resultados del síndrome del super-líder. Tratar de caminar sobre las aguas lleva a varias actitudes que pueden ser destructivas para el líder y su ministerio. Hay cinco de estas actitudes destructivas que deseo enumerar.

(1) Sentimientos de incapacidad y baja auto-estima. Los líderes recibimos muy poca atención pastoral. ¿Quién nos pastorea y lidera? ¿Quién nos cubre pastoralmente? ¿Quién se interesa por nosotros? El 90% de los líderes padece de baja autoestima. La razón número uno de los sentimientos de incapacidad y baja autoestima es que se espera que caminemos sobre el agua y simplemente no podemos. Nos encontramos bajo la presión permanente de lograr mucho más de lo que realmente podemos. ¿Qué expectativas debemos satisfacer en la congregación? Debemos ser un ejemplo moral intachable. Debemos ser de apoyo moral, espiritual y emocional permanente, sin importar cómo nos sentimos. Debemos ser administradores, oradores, maestros, actores, filósofos, consejeros, animadores, chistosos, amenos, enciclopédicos, expertos en relaciones públicas, amigos, compinches, sicoterapeutas, médicos, abogados, etc., etc. Si alguien es capaz de hacer todo esto, ¡seguramente no va a tener ningún problema en caminar sobre las aguas!

Además, nada de lo que hacemos parece estar “terminado” o “concluido”. Siempre queda algo por hacer, o lo que se hace se puede hacer mejor. En el trabajo del liderazgo no se puede decir, como dijo Jesús desde la cruz, “Consumado es.” Cuanto más se esfuerza un líder, tanto más lejos parece estar la conclusión exitosa de su tarea. Al no alcanzar un resultado satisfactorio, el líder se condena y castiga por su fracaso. El auto-castigo muchas veces se disfraza con una actitud de superioridad e infalibilidad. El autoritarismo es, en realidad, una expresión de sentimientos de incapacidad, impotencia y baja autoestima.

(2) El enojo no resuelto. Los cristianos, en general, tenemos un concepto muy negativo del enojo. De hecho, no es una emoción muy aceptable en la sociedad. Tendemos a reprimir el enojo y a suprimirlo. Consideramos que el enojo es pecado: no diferenciamos entre la emoción del enojo y la acción destructiva basada en el enojo. Los líderes no sólo que no sabemos qué hacer con el enojo, sino

que el liderazgo fácilmente produce enojo. El estrés produce enojo y el liderazgo es una responsabilidad muy estresante. A su vez, cuando nos enojamos, nos estresamos, y así se crea un círculo vicioso. Además, cuando no podemos caminar sobre las aguas nos enojamos con Dios. Fácilmente nos pasa lo que le ocurrió a Jeremías, y como él terminamos protestándole al Señor (Jer. 15.18; 20.7). Nuestra carga de enojo no resuelto se expresa a través de sermones amargos o períodos de depresión. El enojo, pues, es como la lengua: “es un fuego, un mundo de maldad” (Stg. 3.6).

(3) La soledad en el ministerio. El líder es la persona más sola en el mundo. La razón fundamental de este sentido de soledad es generalmente el temor a la intimidad. El líder teme que si permite que alguien se le acerque mucho, descubrirá que él no puede caminar sobre el agua. El líder también teme la intimidad con sus pares, a quienes ve no como colegas sino como competidores. Si está teniendo éxito, se va a poner jactancioso y vanidoso. Si no está teniendo éxito, se va a poner envidioso y celoso.

(4) La máscara del profesionalismo. La máscara profesional es resultado de la soledad ministerial. Con ella se pierde la autenticidad, transparencia, calidez y sensibilidad humana. La máscara profesional es resultado de la incapacidad de absorber las demandas emocionales del ministerio. Esta corteza de indiferencia y distancia profesional sirve para mitigar o amortiguar el dolor. La máscara profesional significa reír cuando hay que reír, parecer triste cuando la ocasión lo demanda, decir las palabras correctas, pero todo sin sentimientos auténticos, y sin involucrarse demasiado con las personas y sus necesidades sentidas.

(5) Pobres relaciones interpersonales. En razón de que el líder es una figura de autoridad, puede fácilmente ser autocrático en sus relaciones. Puede caer en la trampa de asumir que cada cosa que dice debe ser considerada como un pronunciamiento que viene del monte Sinaí. Muchas veces el líder es animado a ser autocrático, porque muchos miembros en la iglesia prefieren relacionarse con un padre dominante, que les diga qué tienen que hacer o qué deben creer. Pero el líder autocrático no acepta la crítica ni las sugerencias de parte de los miembros de la congregación. Está siempre a la defensiva, y cuando es confrontado, se descarga contra los que se oponen. Esto inhibe a los miembros u otras personas de hacer sugerencias o recomendaciones. De este modo, el ministerio se transforma en el show de una sola persona, y el líder termina siendo un líder orquesta. El líder autocrático también tiene dificultades para trabajar en equipo. Prefiere hablar de otros bajo su responsabilidad como sus “colaboradores” o los designa como “ayudantes del líder”. En todos los casos, se trata de personas que lo ayudan a llevar a cabo “su” programa y no un proyecto común.

Resolución del síndrome del super-líder. ¿Cómo se resuelve un problema tan profundo como el del síndrome del super-líder? Básicamente hay un paso que es necesario dar: es necesario reconocer la humanidad propia. Una buena cantidad de tensión y dolor se vería liberada si tan solo resolviésemos dejar el Olimpo para bajar a la tierra y unirnos al resto de la raza humana. Esto parece obvio. Los líderes no somos una suerte de elite que ha tenido la oportunidad de elevarse por sobre el rebaño y que ahora se ocupa de distribuir oráculos divinos a la masa de los

pobres diablos, que todavía siguen luchando con sus problemas de personalidad y otras las luchas de la vida. Todos nosotros (líderes y liderados) estamos navegando en la misma barca y confrontando los mismos problemas. Deberíamos ser capaces de desarrollar la actitud de Pablo, que con humildad señalaba sobre sí mismo: “No es que ya lo haya conseguido todo, o que ya sea perfecto. Sin embargo, sigo adelante esperando alcanzar aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó a mí” (Fil. 3.12). Ahora, para que un líder pueda aceptar su condición humana debe primero ser capaz de verse como un ser humano, y esto es difícil. Lo es porque hace falta verse en el espejo de Dios como un ser humano pecador, un ser humano limitado, y un ser humano lleno de necesidades. Estas imágenes no son precisamente muy agradables.

Además, para evitar la tentación de ser un super-líder conviene prestar atención a algunas sugerencias.

(1) Es necesario predicar, enseñar y actuar “confesionalmente.” Durante los cultos o en actividades de la iglesia, los líderes tenemos más oportunidades de contacto con un mayor número de miembros de nuestra congregación. Nuestros sermones o enseñanzas pueden ser vehículos adecuados para que comuniquemos nuestra propia humanidad. Debemos predicar y enseñar con honestidad y apertura, indicando que la palabra de Dios que predicamos es también para nosotros.

(2) Es necesario demandar mayor reconocimiento. Todo el mundo sabe que los pastores y muchos líderes en la iglesia reciben sueldos bajos o por lo menos no suficientes. Las finanzas son la fuente más importante de estrés para los pastores y líderes evangélicos. En nuestra sociedad y cultura, el dinero es un símbolo de amor y respeto, y en consecuencia, el sueldo tiene un gran impacto sobre la autoestima. Si es cierto que “el obrero es digno de su salario” entonces es necesario demandar un reconocimiento justo por la vocación, preparación y desempeño en el liderazgo. En el caso de otros líderes en la iglesia, que no perciben una remuneración por sus servicios, es importante que también demanden el debido reconocimiento a sus labores. Esto no es una cuestión que debe quedar librada al azar, sino que es un deber que la Palabra impone a todas las congregaciones. Dice Pablo: “Hermanos, les pedimos que sean considerados con los que trabajan arduamente entre ustedes, y los guían y amonestan en el Señor. Ténganlos en alta estima, y ámenlos por el trabajo que hacen” (1 Ts. 5.12, 13).

(3) Es necesario desarrollar amistades. Uno se torna verdaderamente humano cuando se relaciona con otros seres humanos. No se puede ser humano en el aislamiento o en la soledad. Amistad significa que cuando uno necesita ayuda, alguien vendrá a proveerla. La amistad se desarrolla cuando uno está dispuesto a admitir sus limitaciones y pide a otros la ayuda necesaria. Jesús mismo necesitó de amigos y les pidió ayuda en momentos de gran necesidad (Mr. 14.32-42).

(4) Es necesario aceptar ayuda profesional. Generalmente se ve al líder como fuente de apoyo y no como recipiente de apoyo; como alguien que da, y no como alguien que recibe. No podemos imaginarnos a un líder consultando con un sicólogo, siquiátra, o sicoterapeuta. Sin embargo, como ser humano, el líder puede verse altamente beneficiado con la orientación de un buen consejo, la clarificación de una percepción oportuna, la dirección de una palabra sabia de parte de un

profesional responsable. No debemos despreciar todos los recursos que el Señor pone a nuestro alcance para ayudarnos a llenar nuestras necesidades, cualesquiera que ellas sean.

(5) Es necesario desarrollar buenos hábitos mentales. Esto requiere atención, tiempo y esfuerzo. Hace falta de cierta dedicación para sentir nuestros propios sentimientos, aceptar nuestras emociones, y reconocer estas cosas como propias con honestidad. Especialmente, es necesario resolver el problema del estrés. Para ello, hace falta construir muros de resistencia mediante un buen descanso y buenos hábitos de salud; mantener separadas la vida ministerial de la vida familiar; darle lugar al ejercicio físico y al esparcimiento; conversar con el cónyuge sobre los problemas ministeriales; y, retirarse físicamente de una situación problemática cuando sea necesario.

(6) Es necesario capacitar a otros para el liderazgo. Una buena consigna para superar el síndrome del super-líder es “¡multiplícate!”. Cuando pensamos en otros y deseamos que otros nos superen en nuestros logros estamos dando pasos significativos para deshacernos de toda amenaza de este síndrome. En este sentido, Pablo lo exhortaba a Timoteo diciéndole: “Lo que me has oído decir en presencia de muchos testigos, encomiéndalo a creyentes dignos de confianza, que a su vez estén capacitados para enseñar a otros” (2 Ti. 2.2). En este sentido, es también importante ser de ejemplo a los demás. “Con tus buenas obras, dales tú mismo ejemplo en todo,” le decía Pablo a Tito (Tit. 2.7). Jesús les decía a sus discípulos: “Les he puesto el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes” (Jn. 13.15). Pablo les decía algo parecido a los corintios: “Imítenme a mí, como yo imito a Cristo” (1 Co. 11.1). Además, un buen líder es alguien que da oportunidades a otros. Esta es la mejor manera de capacitarlos para la tarea del ministerio.

EJERCICIO 3

Para resolver el síndrome del super-líder es necesario reconocer el poder de Dios.

Colocar el pasaje bíblico que corresponda:

Se perfecciona en nuestras debilidades: _____.

Se manifiesta en nuestras vidas: _____.

El poder de Dios Se canaliza en nuestras acciones: _____.

Salmos 62.11

Se expresa en nuestro ministerio: _____.

Se recibe por el Espíritu Santo: _____.

Pasajes: Hechos 1.8; 2 Corintios 12.9; 2 Corintios 13.4; Efesios 3.7; Efesios 3.20.

Los pastores y líderes no somos taumaturgos u obradores de maravillas. Debemos reconocer que definitivamente no podemos caminar sobre las aguas. Pero si bien no podemos caminar sobre las aguas, sí es cierto que podemos aprender a nadar y dejarnos llevar por las aguas. Como Ezequiel, podemos permitirle al Espíritu Santo que llene nuestras vidas de tal manera que experimentemos lo que el profeta experimentó. “Midió otros quinientos metros, pero la corriente se había convertido ya en un río que yo no podía cruzar. Había crecido tanto que sólo se podía cruzar a nado” (Ez. 47.5).

La salud espiritual del líder

Si el estado de salud física y emocional del líder cristiano es fundamental para el buen desempeño de su ministerio, tanto más es su nivel de salud espiritual. Es imposible que un hombre o una mujer con falta de integridad espiritual puedan cumplir un ministerio significativo en la vida de otras personas. Sobre todas las cosas, el líder cristiano es un líder espiritual, y nadie puede conducir a otro por un camino que él o ella no están recorriendo y hacia una meta a la que él o ella no están yendo.

La necesidad de cuidar la salud espiritual. Pablo habla de su propia experiencia personal en este particular en Filipenses 3.7-12. Es interesante seguir el razonamiento de Pablo y ver cómo él encontró el camino para una plena realización personal, rompiendo con la esquizofrenia de objetivos dispares en la vida y de metas encontradas. Cuando no hay una adecuada resolución entre lo que uno considera “ganancia” o “pérdida” en la vida, no puede haber salud espiritual. El objetivo de “ganar a Cristo”, de “encontrarse unido a él”, de “conocer a Cristo” y de persistir en querer “alcanzar aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó a mí” es fundamental para la generación de un estado espiritual saludable.

Esta salud espiritual es indispensable por la misma naturaleza del ser humano. Somos seres físicos (conocemos por los sentidos), pero somos también y fundamentalmente seres espirituales. A Dios no lo captamos ni conocemos por la vía de lo sensible, sino por nuestro espíritu. Sin el alimento de la Palabra y el oxígeno de la oración terminamos en una actitud materialista o en un ateísmo práctico. La salud espiritual es también indispensable por la misma naturaleza de la vida moderna. Secularismo, hedonismo, materialismo, frivolidad, consumismo, egoísmo, pueden contagiarnos fácilmente. Si no nos detenemos a pensar en Dios y a buscar la comunión con él, podemos caer en cualquiera de estas cosmovisiones y estilos de vida, que producen extravío y terminan por enfermar al alma. El ritmo de vida, los cambios repentinos, la alienación de las relaciones, la neurosis de nuestro tiempo no nos van a dejar espacio para el desarrollo espiritual, a menos que lo procuremos conscientemente. Pablo descubrió el bien supremo en la vida, que para él no era otro que conocer a Cristo (Fil. 3.8, 10). Para ello, hay que pasar tiempo con él.

La manera de cuidar la salud espiritual. Hay varios caminos que la Palabra de Dios nos propone como disciplinas necesarias para ejercer tal cuidado.

Pero básicamente son dos los mejores tratamientos preventivos para el desarrollo de un buen estado de salud espiritual.

(1) El primero es la lectura y meditación de la Palabra. No obstante, hay dos problemas en cuanto a la lectura y meditación de la Palabra, que debemos tener en cuenta. Por un lado, está la realidad, difícil de negar, de que no la leemos o al menos no la leemos lo suficiente. Necesitamos desarrollar una fecunda comunión con el Señor por y a través de la Palabra. Si es cierto lo que creemos que Dios nos habla hoy con la misma frescura y profundidad con que lo hizo ayer, debemos ejercitar los oídos de nuestro espíritu para percibir lo que él nos quiere decir. Por otro lado, está también la realidad de que muchas veces la leemos sin provecho. La Palabra nos nutre cuando tenemos la disposición de recibir algo de ella. La pregunta que tiene que acompañar nuestra aproximación a la Biblia es: ¿qué tiene Dios para decirme hoy?

Ahora, ¿cómo podemos resolver estos dos problemas? Nos puede ser de mucha ayuda tener un tiempo adecuado para nuestro encuentro con la Palabra. Esto puede ser temprano en el día o en cualquier momento en que podamos dedicarnos a ello sin distracciones. Sea como fuere, nuestro ejercicio de prestar atención a la Palabra de Dios debe ser prioritario. También nos puede resultar provechoso tener un lugar adecuado, que nos permita introducirnos al texto sagrado sin interrupciones. Además, tener una versión adecuada puede facilitar nuestro acceso y comprensión del texto. En este sentido, siempre es de ayuda leer la Palabra en versiones diferentes. Junto con esto, tener una edición adecuada, que nos resulte cómoda para la lectura, con letra grande, con referencias paralelas o en cadena, y otras ayudas siempre va a hacer más interesante el ejercicio espiritual. Tener un plan de lectura adecuado crea una disciplina favorable, como la lectura de toda la Biblia en un año o un plan fundado en lecturas temáticas o libro por libro. Tener una preparación adecuada nos permite ir una segunda milla y obtener mejor provecho del tiempo de lectura y meditación bíblica. Por eso, es conveniente leer la Palabra con una lapicera para subrayar el texto, un cuaderno para tomar notas (fecha, pasaje, mis necesidades de hoy, lo que Dios me dijo, un resumen de lo subrayado), presentar al Señor una oración antes de leer pidiéndole que abra los ojos de nuestra comprensión (Sal. 119.18), y desarrollar una actitud de esperar recibir algo de parte del Señor. Tener una respuesta adecuada a la lectura, a través de un acercamiento dinámico, con acción de gracias, presentando nuestra confesión de pecados, adoración o peticiones hace más interesante la comunión con el Señor a través de su Palabra. Finalmente, debemos procurar tener un provecho adecuado. Es decir, hay versículos “maná” que son para el día y para una necesidad concreta, y hay versículos “arsenal” que son para guardarlos y aprender de memoria para cuando sean necesarios. Saber reconocer estos recursos en la Palabra es fundamental. En definitiva, el valor de la Palabra está en obedecerla y ponerla en práctica en la vida y el ministerio cotidianos.

Raúl Caballero Yocou: “Los avivamientos más grandes conocidos, tanto en los tiempos bíblicos como en los posteriores de la historia de la iglesia, nacieron con hombres usados por Dios en la lectura y obediencia de

las Escrituras. Están permanentes los nombres de Ezequías (2 Reyes 18); Josías (2 Reyes 22); Asa (2 Crónicas 17); Esdras (Nehemías 8), que encendieron la llama de la santidad y quebraron la idolatría para hacer del pueblo de su día una casa dedicada al Señor. También en el curso de la historia de la iglesia ha habido grandes movimientos hechos por Dios con instrumentos útiles que amaron y vivieron las Escrituras.”¹²

(2) El segundo recurso es la práctica de la oración y el ayuno. La oración es la respiración del alma. Es el hálito de vida que nutre de energía la vida espiritual del líder cristiano y dinamiza todos sus recursos espirituales para la obra que tiene que llevar a cabo. La oración es el mecanismo de comunicación fundamental que liga al líder con la fuente de su ministerio: Dios. Es a través de la oración que el líder recibe las instrucciones en cuanto a qué tiene que hacer, cómo tiene que pensar y qué debe decir. Pero la oración también es el conducto que permite la infusión de la autoridad y el poder divinos que necesita para hacer, pensar y decir en el nombre del Señor a quien sirve. Jesús ilustra con su vida y ministerio la importancia que tiene la oración en el desarrollo del liderazgo. Con frecuencia nuestro Señor dedicaba toda una noche para estar en comunión con el Padre y recibir de él las instrucciones sobre lo que estaba haciendo, de modo de involucrarse en ello durante el día (Mt. 14.23; Mr. 6.46, 47; Lc. 6.12). El apóstol Pablo supo también hacer de la oración una herramienta de trabajo y una fuente de recursos espirituales para el cumplimiento de su ministerio (Col. 1.9-12; 2 Ts. 1.11). Los grandes líderes de la Biblia y aquellos que se han destacado a lo largo de la historia del testimonio cristiano han sido creyentes de oración. En Efesios 6.18, Pablo nos amonesta y nos da la clave para un liderazgo espiritual efectivo, al decir: “Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos. Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos”.

EJERCICIO 4

Oraciones de Jesús.

Colocar el pasaje que corresponda:

En una montaña: _____.
En Getsemaní: _____.
Antes del amanecer: _____.
En angustia: _____.
En lugares solitarios: _____.
Después de la última cena: _____.

Pasajes: Mateo 26.36; Marcos 1.35; Lucas 5.16; Lucas 9.28; Juan 18.1; Hebreos 5.7.

¹² Raúl Caballero Yocou, *El líder conforme al corazón de Dios* (Miami: Editorial UNILIT, 1991), 121, 122.

El ayuno es un complemento muy importante para la oración (Esd. 8.23; Dn. 9.3). El ayuno es la abstinencia total o parcial de comida, llevada a cabo como una disciplina religiosa, que generalmente acompaña a la práctica de la oración de intercesión. El ayuno permite también una mayor claridad de visión y discernimiento espiritual. Los grandes líderes en las páginas de la Biblia fueron personas que aprendieron el valor del ayuno como disciplina para el cuerpo y el espíritu: Moisés (Éx. 34.28); David (2 S. 12.16); Elías (1 R. 19.8); Nehemías (Neh. 1.4); Ester (Est. 4.16); Esdras (Esd. 10.6); Daniel (Dn. 10.3); Ana (Lc. 2.37); Pablo (Hch. 9.9); los líderes de la iglesia en Antioquía (Hch. 13.2); Pablo y Bernabé (Hch. 14.23). El propio ejemplo de Jesús nos anima a imitarlo en su búsqueda de la voluntad del Padre a través de la oración y el ayuno (Lc. 4.1, 2). La Palabra nos indica que la práctica del ayuno es saludable y fundamental como medio de preparación antes de encarar cualquier emprendimiento en el nombre del Señor (Jl. 1.14; 2.12). Jesús consideró el ayuno como necesario y adecuado para expresar una espiritualidad auténtica (Mt. 6.17, 18). Es más, él estimó que la oración acompañada de ayuno era un recurso imprescindible para involucrarse en la guerra espiritual y cumplir la tarea de liberación de las personas oprimidas de manos de Satanás (Mateo 17.21, RVR).

De todos modos, debe practicarse el ayuno con la actitud que indica la Palabra de Dios: “El ayuno que he escogido, ¿no es más bien romper las cadenas de injusticia y desatar las correas del yugo, poner en libertad a los oprimidos y romper toda atadura? ¿No es acaso el ayuno compartir tu pan con el hambriento y dar refugio a los pobres sin techo, vestir al desnudo y no dejar de lado a tus semejantes?” (Is. 58.6, 7). Esto significa que el ayuno no debe hacerse con ostentación ni practicarse como un fin en sí mismo (Mt. 6.16-18), sino que debe hacerse ante Dios y para él con una actitud de humildad y sujeción (Zac. 7.5). Cuando el ayuno acompaña a la oración y se lleva a cabo con la actitud correcta, entonces cumple su función de actuar como disciplina para el alma, aun en medio de dificultades (Sal. 69.9-11). Cuando la oración y el ayuno se acompañan siempre hay una recompensa de parte del Padre (Mt. 6.18).

Ted W. Engstrom: “Para el líder cristiano, la fe y la oración son su respiración vital porque tocan extremos infinitos que llegan hasta el mismo Dios. La oración purifica, y provee seguridad y estímulo para que el líder apresure su marcha. Este es un arte que no lo enseña ningún razonamiento filosófico; sólo se aprende y se desarrolla al ponerlo en práctica. Nuestro Señor Jesús y el apóstol Pablo son ejemplos suficientes que establecen el supremo valor de estos ejercicios espirituales. La eminencia de los grandes líderes de la Biblia se atribuye a su grandeza en la oración. Pablo nos amonesta, en Efesios 6.18, que nos entreguemos por completo a la oración.”¹³

¹³ Engstrom, *Un líder no nace, se hace*, 144,

El problema del estrés

Quienes servimos al Señor como líderes deberíamos apropiarnos de aquellas palabras de Jesús que tantas veces utilizamos para llevar consuelo y fortaleza a otros: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mt. 11.28). De todos los cristianos, los líderes somos quienes más que nadie necesitamos de este ejercicio de confianza en el Señor, que nos libere del estrés y la tensión.

¿Qué es el estrés? El estrés caracteriza a nuestro tiempo. Es el estado de un organismo que reacciona a un agente de agresión cualquiera. Se manifiesta mediante un “síndrome general” de orden físico-síquico. Es el estado de algo sometido a la acción de fuerzas que lo estiran. Estrés significa tirantez, tensión. Hay tirantez y tensión negativa y positiva (las cuerdas del arpa o los músculos de un atleta sufren tensión positiva). La vida alcanza el tope cuando cada uno de sus poderes se halla sujeto a un propósito superior. El cumplimiento de la voluntad de Dios mantuvo a Jesús en tensión, pero fue tensión positiva. En un determinado momento de su ministerio, Jesús llegó a expresar esta tensión frente al sufrimiento que se avecinaba, en estos términos: “Tengo que pasar por la prueba de un bautismo, y ¡cuánta angustia siento hasta que se cumpla!” (Lc. 12.50).

Sin embargo, las más de las veces el estrés es tensión excesiva y negativa. El liderazgo en general y el pastoreo en particular son sumamente estresantes, especialmente porque se trabaja con personas y en base a valores trascendentales. Esto genera una situación de tensión, que por momentos no da lugar a la distensión y el relajamiento. Si no se generan mecanismos de descarga de esta tensión, la misma se acumula y se crea un círculo vicioso de grado ascendente y creciente gravedad.

¿Cuáles son las causas del estrés? No es el trabajo duro o el mucho trabajo en sí los que llevan al estrés. El trabajo es tonificante y bueno para un estado de salud integral. La causa del estrés está más en la mente que en el cuerpo. Algunas causas posibles del estrés son las siguientes.

(1) Un sentimiento inadecuado en cuanto a sí mismo. El buen consejo de Pablo a sus lectores romanos era: “Nadie tenga un concepto de sí más alto que el que debe tener, sino más bien piense de sí mismo con moderación, según la medida de fe que Dios le haya dado” (Ro. 12.3). Este consejo es bien adecuado para un líder, ya que hay dos maneras de sentir sobre uno mismo que pueden resultar perjudiciales. Por un lado, está el sentimiento de insuficiencia, es decir, la percepción de que no se es todo lo que se debería ser. Esto puede ser por falta de recursos personales, limitaciones intelectuales o físicas, prejuicios, complejos de inferioridad, insatisfacción, rechazo o falta de aceptación. Por otro lado, está el sentimiento de suficiencia, es decir, la sensación de que uno es lo suficientemente solvente como para enfrentar cualquier situación, sin tener una idea muy clara de los recursos auténticos con que se cuenta. Esto puede ser por sentimientos enfermizos de perfeccionismo, metas muy altas en la vida, ambiciones personales excesivas o simplemente autoexigencia.

(2) Una actitud ansiosa por lo que escapa de control. La ansiedad es un malestar síquico y físico caracterizado por un temor difuso, sentimientos de inseguridad o de desgracia inminente. La ansiedad es inútil, como bien enseñó Jesús (Mt. 6.25-34) y señaló Pablo cuando dijo: “No se inquieten por nada” (Fil. 4.6). En el segundo pasaje, la palabra “inquietarse” significa división y distracción de la mente, de modo que ésta se halla en estado de agitación y sin poder enfocar la atención en una cosa. En un estado así, es muy difícil tener la claridad de percepción que permita una evaluación adecuada de los recursos disponibles y de la capacidad personal para utilizarlos eficientemente.

(3) Un estado de miedo. El temor es una de las herramientas fundamentales que utiliza Satanás para anular las posibilidades de acción de un buen líder. El miedo a las limitaciones físicas, el temor al fracaso, las fobias de diverso tipo, todo esto es una batería de elementos destinados a neutralizar y paralizar al líder cristiano. El amor de Dios es la solución a estos estados de temor. Cuando nuestra vida se llena del amor de Dios, el temor sale en medida proporcional, porque “el amor perfecto echa fuera el temor” (1 Jn. 4.18).

(4) Una actitud inadecuada hacia los demás. El resentimiento, la envidia, los celos, el odio, la mala voluntad y las contiendas son focos terribles que generan estrés y se montan sobre una mala actitud hacia otros. La tensión que generan estos focos de resistencia en las relaciones humanas va en grado creciente hasta que finalmente se produce un cortocircuito irreversible. Cuando se llega a esta situación, se verifica la presencia de lo que en la Biblia se denomina como “raíz de amargura”. El problema con esto es que se generan interferencias permanentes, tensión, estorbo y contaminación en todos los niveles de relaciones (He. 12.14-15).

¿Cuáles son los resultados del estrés? La tirantez se contagia y se hace evidente. El estrés se manifiesta a través de múltiples maneras, que afectan la totalidad de la persona humana. Por el estrés se producen trastornos físicos, como úlceras, jaqueca, insomnio, dolores musculares, contracturas, caída de las defensas del organismo, pérdida del cabello, etc. En otros casos, se dan niveles preocupantes de perturbación mental, como desasosiego, falta de concentración o pérdida de la memoria. El estrés lleva también a la depresión espiritual. La depresión es un estado emotivo de actividad sicofísica baja y desagradable. Es diferente del abatimiento, que es de signo más positivo. La depresión es una disposición síquica de desesperación y de un abrumador sentimiento de insuficiencia y de bajeza, desaliento y fatiga, que viene acompañado generalmente de ansiedad y culpa. La raíz de este tipo de depresión es el pecado no confesado y resulta de un odio que no sale al exterior sino que se canaliza hacia uno mismo. En otras palabras, la depresión termina siendo agresión contra uno mismo. La Biblia ilustra este tipo de estado que resulta del estrés (Sal. 142.2-3; 32.3; 31.9-10).

EJERCICIO 5

¿Cómo se soluciona el estrés?

Colocar los pasajes bíblicos que correspondan:

Mediante el descubrimiento nuevo de Dios: _____.

Mediante un reconocimiento auténtico de nuestro yo: _____.

Mediante la renovación total de la mente: _____.

Pasajes: Romanos 12.2; 1 Corintios 3.21; Gálatas 5.20; Efesios 1.3; Efesios 4.22-24; Filipenses 4.19; 2 Pedro 1.3.

¿Cómo se resuelve el problema del estrés? Por terrible que sea, el estrés es solucionable. Para ello es necesario comenzar comprendiendo que el Dios al que servimos es un Dios de poder infinito. Él es el Señor todopoderoso. Además, debemos corregir a nuestro yo agrandado e infatuado, pero también debemos corregir a nuestro yo empequeñecido y acoirazado. Junto con esto, hace falta un cambio radical de actitud en todas las esferas de nuestras relaciones interpersonales. En lugar de sentir lástima por nosotros mismos, confesemos la tensión con otros como un pecado. En otras palabras, hagamos una auténtica *metanoia* (cambio de mente). De este modo, la tensión dejará de ser carga para transformarse en una plataforma de lanzamiento para una nueva vida de servicio.

¿Cómo se verifica este cambio de actitud? Por un lado, este cambio es el resultado de una vida ordenada y disciplinada por Dios. Debemos aprender y aplicar a nuestras vidas de servicio las palabras del poeta bíblico: “Guarda silencio ante el Señor, y espera en él con paciencia; no te irrites ante el éxito de otros, de los que maquinan planes malvados” (Sal. 37.7). Blas Pascal, el conocido filósofo francés, decía: “Una manera en que el hombre trae sobre sí la mayor desgracia es su incapacidad de estarse quieto.” Buscar reposo en Dios es una manera excelente de evitar el estrés. La oración, la lectura bíblica, la meditación, el silencio son recursos efectivos para amortiguar la tensión y crecer en *shalom*. Por otro lado, este cambio es el resultado de una elección clara y determinada de la voluntad. La decisión es mía, pero el cambio lo hace Dios sobre la base de mi fe (Tit. 3.4-6). Basta de excusas y pongamos nuestra fe en Cristo. Sólo él puede poner fin al estrés y traer paz al corazón. En definitiva, ésta fue su invitación a todos nosotros (Mt. 11.28) y su generosa promesa (Jn. 14.27).

SU FAMILIA

No siempre la familia juega un papel clave en el desempeño de una vocación humana. La familia de un mecánico de automóviles, un empleado de correo, un docente o un artista plástico no necesariamente debe estar involucrada en el desarrollo de la vocación y el trabajo de quien tiene estos desempeños en la vida. En cambio, en el caso del líder cristiano, su familia cumple un papel muy importante

y es un factor a tomar muy en cuenta. De hecho, la Biblia es bien específica en detallar las condiciones que deben reunir el líder y su familia, a fin de que su liderazgo sea todo lo efectivo que se espera. De todos estos textos bíblicos, ninguno parece más adecuado para nuestra consideración que 1 Timoteo 3.1-7. Escribiendo a su discípulo Timoteo, Pablo destaca ciertos problemas en relación con el líder cristiano y su familia.

El problema de la bigamia

El primer problema que el apóstol menciona es el de la bigamia del líder. Lo hace a través de la frase “esposo de una sola mujer” (1 Ti. 3.2). Esta frase ha dado lugar a las más diversas interpretaciones y aplicaciones.

La interpretación del versículo. El significado de la expresión es ambiguo y ha sido discutido desde antiguo. Puede ser tomado negativamente como prohibiendo el concubinato, la poligamia, el volver a casarse después de un divorcio, la digamia (un segundo matrimonio por viudez, según la interpretación de Tertuliano a fines del siglo II). Puede ser tomado positivamente como queriendo decir que el dirigente debe ser un hombre casado o que sea un ejemplo de moralidad estricta, sin una connotación específica. El problema básico tiene que ver con la pregunta: ¿cuál es la fuerza del vocablo *una* en la frase “de una sola mujer.” Me inclino por la opinión según la cual el apóstol está advirtiendo contra alguna forma de bigamia por parte del líder. La aplicación del versículo sería la de verlo como una advertencia contra la bigamia pastoral o del líder cristiano.

La aplicación del versículo. El pastor o líder casado debe ser esposo de una sola mujer. Esto parece obvio, pero no lo es. Y no lo es cuando el pastor o el líder tiene una segunda esposa, la iglesia. De ser así, comete un triple pecado. Primero, peca contra su esposa, a la que abandona y le es infiel. Segundo, peca contra la iglesia, que no es su esposa, sino la esposa de Cristo. Tercero, peca contra el Señor, contra quien comete adulterio al quitarle su esposa. Además, nadie puede servir a dos señores, y mucho menos a “dos señoras”. Nadie puede compartir lealtades o prioridades. El orden correcto de prioridades en la escala de valores de un líder cristiano efectivo es primero Dios, luego su familia, y por último, la iglesia. Cuando se altera este orden, alguien sufre. Hace falta una escala de valores o prioridades rigurosa. Si soy casado, primero viene mi esposa y mis hijos; luego viene la iglesia. De otro modo, me hubiera quedado soltero o solo como Pablo. La iglesia ya tiene quien la ame; mi deber es amar a mi esposa así como Cristo ama a la suya y vela por ella (Ef. 5.25).

El problema de la administración

En los tiempos que vivimos, la administración de la vida y los compromisos que tenemos ocupan un lugar fundamental para garantizar el éxito de nuestra gestión como líderes. Es probable que Pablo estaba pensando en esta necesidad cuando animaba a que los candidatos a líderes en la iglesia fuesen personas que

supieran “gobernar bien su casa” (1 Ti. 3.4a). ¿Qué significa esto para el líder de hoy?

El líder debe ser un buen líder de su familia. El verbo “gobernar” en la lengua griega original está en la forma de un participio medio presente del verbo *proistémi*, que significa colocar delante o estar delante, ir al frente o estar al frente. Esto era fundamental en el sistema patriarcal de aquel entonces, y sería muy apreciado en la iglesia y aun fuera de ella. Se usa el mismo verbo aquí que el que se usa en relación con el gobierno de la iglesia, como cuando Pablo indica en 1 Timoteo 5.17: “Los ancianos que dirigen bien los asuntos de la iglesia son dignos de doble honor, especialmente los que dedican sus esfuerzos a la predicación y a la enseñanza.” Lo que está detrás de la expresión es la idea de responsabilidad por el hogar propio. El pastor o el líder es el primer responsable por su propia familia. Quien no es un buen líder y administrador de su casa, ¿cómo podrá ser un buen líder y administrador de la iglesia? Si una persona no es responsable por lo que es más inmediato y está más cerca, ¿cómo podrá ser responsable por la comunidad más amplia de los creyentes?

El líder debe cuidar pastoralmente de su familia. Su familia es su primera congregación y ministerio, y lo más importante. Lamentablemente, en el caso de muchos pastores y líderes se aplica el dicho: “En casa de herrero, cuchillo de palo.” Friedrich Hebbel, el dramaturgo alemán del siglo XIX, escribió: “Hay velas que alumbran todo, menos su propio candelero.” Lamentablemente, esto se ve en el caso de la familia de muchos líderes, que no han sabido dar prioridad al cuidado de quienes están más cerca de sus afectos.

Rogelio Nonini: “En la medida que el ministro es fiel en vivir el evangelio en su casa y que pastoree a los suyos con amor y paciencia, tendrá el gozo de lograr una familia cristiana, fiel, activa y con buen testimonio de los de adentro y de los de afuera de la iglesia. Esta experiencia le dará autoridad para servir al Señor. Podrá hablar sobre el poder del evangelio porque lo experimentará en su vida y en su familia y podrá ser, en medio de esta sociedad corrompida, un modelo de familia. Mientras la sociedad trata de desvirtuar la familia como Dios la estableció usando el fracaso de las familias sin Dios, los ministros debemos ser exponentes del modelo bíblico como el ideal que no cambia con el tiempo. Tenemos que ayudar a nuestros miembros a reconstruir sus hogares para que se levanten como monumentos que testifiquen que Dios no se equivocó cuando creó la familia. Este es el gran desafío de nuestros días.”¹⁴

El problema de la autoridad

Pablo plantea aquí también una cuestión muy importante para la calificación de un buen líder. Según él, el líder debe “hacer que sus hijos le obedezcan con el

¹⁴ Rogelio Nonini, *Conducta ministerial: para que sepas cómo debes conducirte en la iglesia* (Buenos Aires: edición del autor, 1995), 164.

debido respeto” (1 Ti. 3.4b). Esto es significativo, porque no se trata de una actitud mandona ni de la imposición arbitraria de una autoridad paternal, sino más bien del ejercicio de una autoridad espiritual firme en el hogar.

El líder debe saber controlar a sus hijos. El líder debe controlar a sus hijos con total dignidad y respeto (“con el debido respeto” traduce el vocablo griego *semnótetos*, que significa respeto). El líder procurará que sus hijos lo obedezcan, pero los tratará como a personas y no apelará a la violencia o a la represión indiscriminada e injusta. El líder no les pedirá a sus hijos más de lo que él mismo puede dar y está dispuesto a dar, ni les exigirá que sean más de lo que él mismo es o de lo que les exige a los demás. Las virtudes que se requieren para el desempeño en las esferas de mayor responsabilidad (liderazgo) deben ser el reflejo de las que se ejercitan en las esferas de menor responsabilidad (cualquier otro padre).

El líder debe saber enseñar a sus hijos. Les enseñará a ser obedientes y respetuosos. La expresión “hacer que sus hijos le obedezcan” traduce la palabra griega *hupotagé*, que significa “en sumisión” o “en sujeción” (RVR). El líder debe ayudar a sus hijos a desarrollar un carácter sólido, maduro e independiente, canalizando sus energías hacia fines dignos. La tarea no es fácil, pero no es más difícil para el líder cristiano que para cualquier otro padre. El líder debe ser coherente en sus acciones. Debe haber relación entre lo que él hace y lo que él predica.

El líder debe procurar que sus hijos sean creyentes y fieles. Escribiéndole a Tito acerca de las condiciones impuestas para quienes desean ser ancianos en la iglesia, le dice que “sus hijos deben ser creyentes” (Tit. 1.6). La familia del líder cristiano debe ser un modelo y debe ser solidaria con el ministerio del líder. No es suficiente que él o ella vivan una vida tal que sea “irreprochable.” Es necesario que su familia avale su ministerio.

EJERCICIO 6

Deberes de los líderes cristianos hacia sus hijos.

Colocar el pasaje bíblico que corresponda:

Enseñarles la Palabra de Dios: _____.
Guiarlos en el camino del Señor: _____.
Proveer para sus necesidades: _____.
Criarlos con disciplina: _____.
Controlarlos con respeto: _____.
Amarlos sinceramente: _____.

Pasajes: Deuteronomio 6.6, 7; Proverbios 22.6; 2 Corintios 12.14; Efesios 6.4; 1 Timoteo 3.4; Tito 2.4.

Bibliografía

- Adams, Jay E. *Capacitado para orientar*. Barcelona: Publicaciones Portavoz Evangélico, 1981. 328pp.
- Anderson, Ray S., ed. *Theological Foundations for Ministry*. Grand Rapids: Eerdmans, 1979.
- Atiencia, Jorge. *Cómo pastorear y ser pastoreados*. Buenos Aires: Ediciones Certeza, n.f. 96pp.
- Barrientos, Alberto. *Principios y alternativas de trabajo pastoral*. Miami: Editorial Caribe, 1982. 362pp.
- Brister, C.W. *El cuidado pastoral en la iglesia*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1974. 265pp.
- Bromiley, G. W. *Christian Ministry*. Grand Rapids: Eerdmans, 1960. 119pp.
- Caballero Yoccou, Raúl. *El líder conforme al corazón de Dios*. Miami: Editorial UNILIT, 1991. 184pp.
- Cabrera, Víctor J. *Las manos al arado: manual práctico para el pastor de hoy*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1978. 128pp.
- Calderón, Wilfredo. *La administración en la iglesia cristiana: orientación para pastores, líderes, maestros y consejeros*. Miami: Editorial Vida, 1982. 175pp.
- Caliguire, Jeff. *Secretos del liderazgo de San Pablo*. Buenos Aires: Editorial Peniel, 2004. 235pp.
- Canclini, Santiago. "¿A quién enviaré": *el joven cristiano y la vocación ministerial*. Buenos Aires: Junta Bautista de Publicaciones, 1963. 170pp.
- Carnaval, Osvaldo. *La fuerza del liderazgo*. Miami: Editorial Vida, 2004. 202pp.
- Castro, Emilio, comp. *Pastores del pueblo de Dios en América Latina*. Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1973. 191pp.
- Clinebell, Howard. *Asesoramiento y cuidado pastoral: un modelo centrado en la salud integral y el crecimiento*. Buenos Aires: Nueva Creación, 1995. 480pp.
- Costas, Orlando. *Hacia una teología de la evangelización*. Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1973. 306pp.
- Delorme, Jean. *El ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1975. 484pp.
- Dobbins, Gaines S. *Aprenda a ser líder*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1969. 124pp.
- _____. *Building Better Churches: A Guide to the Pastoral Ministry*. Nashville: Broadman Press, 1947. 465pp.
- Engstrom, Ted W. *Un líder no nace, se hace*. Miami: Editorial Betania, 1980. 256pp.
- Estrada, C. *Manual para ministros*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1989.
- Faulkner, Brooks R. *El secreto del éxito pastoral*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1978. 128pp.
- Ford, Leroy. *Capacítese como líder*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1981. 60pp.
- Giles, James E. *De pastor a pastor: ética pastoral práctica*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1988. 119pp.
- Greenleaf, Robert K. *Servant Leadership*. Mahwah, N.J.: Paulist Press, 1977.
- Guffin, Gilberto. *El pastor y la iglesia: un manual de deberes pastorales*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1956. 133pp.
- Haggai, John Edmund. *El líder*. El Paso: Editorial Mundo Hispano, 2001. 256pp.

- Harvey, H. *El pastor*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1989.
- Hengel, Martin. *Seguimiento y carisma: la radicalidad de la llamada de Jesús*. Santander: Editorial Sal Terrae, 1981. 132pp.
- Hightower, James E. comp. *El cuidado pastoral desde la cuna hasta la tumba*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1989. 171pp.
- Hiltner, Seward. *Preface to Pastoral Theology*. Nashville: Abingdon Press, 1958. 240pp.
- Hybels, Bill. *Courageous Leadership*. Grand Rapids: Zondervan, 2002.
- Jenkins, Daniel. *The Protestant Ministry*. Londres: Faber and Faber, 1958. 194pp.
- Jiménez, Carlos. *El liderazgo bíblico genuino*. Miami: Editorial Caribe, 1997. 198pp.
- Johnson, David y Jeff Van Vonderen. *El poder sutil del abuso espiritual*. Miami: Editorial UNILIT, 1995. 333pp.
- Kent, Homer A. *The Pastor and His Work*. Chicago: Moody Press, 1963. 300pp.
- Kirk, Kenneth E. *The Apostolic Ministry: Essays on the History and the Doctrine of Episcopacy*. Londres: Hodder & Stoughton, 1957. 573pp.
- Lee, Mark W. *The Minister and His Ministry*. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1960. 280pp.
- Martínez, José M. *Ministros de Jesucristo*. Tarrassa, España: Editorial CLIE, 1977. 248pp.
- Maxwell, John C. *Desarrolle el líder que está en usted*. Miami: Editorial Betania, 1996. 238pp.
- _____. *Las 21 cualidades indispensables de un líder*. Miami: Editorial Betania, 2000. 136pp.
- Maxwell, John C. y Jim Dornan. *Seamos personas de influencia*. Miami: Editorial Betania, 1998. 240pp.
- Melton, W.W. *¿Llamado a predicar? el desarrollo de una vida pastoral*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, s.f. 127pp.
- Miller, Calvin. *El líder con poder: diez claves del liderazgo de servicio*. El Paso: Editorial Mundo Hispano, 1999. 217pp.
- Monroy, Juan Antonio. *La formación del líder cristiano*. Barcelona: Editorial CLIE, 1992. 220pp.
- Morris, Leon. *Ministres of God*. Londres: Inter-Varsity Fellowship, 1964. 128pp.
- Mraida, Carlos. *Todos para uno: diez fundamentos para el trabajo en equipo*. Buenos Aires: Ediciones del Centro, 2004. 135pp.
- Myra, Harold y Marshall Shelley. *Secretos del liderazgo de Billy Graham*. Miami: Editorial Vida, 2006. 319pp.
- Nance, Terry. *El escudero de Dios: cómo servir a los líderes de Dios*. Miami: Editorial UNILIT, 1998. 82pp.
- Nee, Watchman. *El carácter del obrero de Dios*. Buenos Aires: Editorial Peniel, 1994. 222pp.
- Neighbour, Ralph W., comp. *La Iglesia del futuro*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1983. 230pp.
- Niebuhr, H. Richard. *The Purpose of the Church and Its Ministry*. Nueva York: Harper & Brothers, 1956.
- Niebuhr, H. Richard y Daniel D. Williams, eds. *The Ministry in Historical Perspectives*. Nueva York: Harper & Brothers, 1956. 331pp.
- Nonini, Rogelio. *Conducta ministerial: para que sepas cómo debes conducirte en la iglesia*. Buenos Aires: edición del autor, 1995. 222pp.
- Oates, Wayne E. *The Christian Pastor*. Filadelfia: Westminster Press, 1982. 171pp.
- Oglesby, W.B., ed. *The Shape of Pastoral Theology*. Nashville: Abingdon Press, 1969.
- Oman, John. *Concerning the Ministry*. Richmond: John Knox Press, 1963. 248pp.
- Ramos, Marcos A. *El pastor en la iglesia de hoy*. Convention Press, 1991.

- Reid, J. K. S. *The Biblical Doctrine of the Ministry*. Edimburgo y Londres: Oliver and Boyd, 1955. 47pp.
- Rush, Myron. *Administración: un enfoque bíblico*. Miami: Editorial UNILIT, 1989. 222pp.
- Sanders, J. Oswald. *Pablo el líder: una visión para el liderazgo cristiano*. Miami: Editorial Vida, 1986. 204pp.
- _____. *Spiritual Leadership*. Chicago: Moody Press, 1967.
- Schaller, Lyle E. *Innovations in Ministry: Models for the Twenty-first Century*. Nashville: Abingdon Press, 1994. 156pp.
- Segler, Franklin M. *A Theology of Church and Ministry*. Nashville: Broadman Press, 1960. 270pp.
- Stamateas, Bernardo. *Aconsejamiento pastoral: una respuesta bíblica-terapéutica a la conflictividad emocional del ser humano*. Terrassa, España: Editorial CLIE, 1995. 358pp.
- Stott, John. *Los desafíos del liderazgo cristiano*. Buenos Aires: Ediciones Certeza Argentina, 2002. 62pp.
- _____. *Señales de una iglesia viva*. Buenos Aires: Ediciones Certeza Argentina, 1997. 120pp.
- Thurneysen, Edward. *A Theology of Pastoral Care*. Richmond: John Knox Press, 1962. 343pp.
- Tinao, Daniel, comp. *Simposio de psicología pastoral*. Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1976. 152pp.
- Warren, Rick. *Una vida con propósito*. Miami: Editorial Vida, 2003. 367pp.
- White, John. *Líderes y siervos: ser líder como Nehemías*. Buenos Aires: Ediciones Certeza Argentina, 2003. 93pp.
- Wilkes, C. Gene. *El liderazgo de Jesús: cómo ser un líder servidor*. Nashville: LifeWay Press, 1998. 128pp.
- Williamson, G. B. *Pastores del rebaño: un tratado moderno sobre teología pastoral*. Kansas City: Beacon Hill Press, s.f. 270pp.
- Yamamori, Tetsunao, Gregorio Rake y C. René Padilla, eds. *Servir con los pobres en América Latina: modelos de ministerio integral*. Buenos Aires: Kairos Ediciones, 1997. 156pp.
- Yonggi Cho, David. *Liderazgo espiritual para el nuevo milenio*. Miami: Editorial Vida, 2006. 190pp.